

juegos de empeño y rendición

COLECCIÓN
Las Hespérides



FRANCISCO JAVIER EXPÓSITO
LORENZO

juegos de empeño y rendición



ESLES DE CAYÓN
2016

© De los textos: Francisco Javier Expósito Lorenzo

Santander, septiembre 2016

EDITA: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN13: 978-84-94-
D.L.: M-

Diseño portada: Enrique García Puche para 3BIEN Comunicación

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdeparra, 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España / *Printed in Spain*

*Para ti, Alina Octavia, que sabes de mis empeños
y eres fuente de mis rendiciones,
mi amor escrito en el papiro de un templo con todo lo que fue,
todo lo que es y todo lo que venga*



*A Dyebuthy, Tot, Hermes, maestro de maestros, sabio entre
los sabios, patrón de los escribas*



*Donde caen las pisadas del Maestro, los oídos que
están listos para su enseñanza se abren de par en par.*
Hermes Trimegisto. *El Kyballión*



¿Por qué te empeñas?
Porque soy yo.
Pues deja de ser tú.

A David R. Hawkins

Y me dirás, ¿qué es dejar de ser tú?

Permitir al agua correr, guiar la pereza hacia la ventana, echar mano del coraje cuando traspasar el umbral de una puerta guía a lo desconocido, no empeñarte en dar pasos de cangrejo o retirarte a tu concha de ermitaño, reírte de ti con la conciencia de fundir la soberbia, montar al águila y visar los cielos por ver desde otra perspectiva: ser el extraño que observa el rodaje de su propia película y decide volver a la escena del ahora, actuar como no se espera y burlar al miedo, que al no ser tomado en serio, acaba desvanecido cual fantasma que intentó asustarnos.

Dejar de ser tú es dejarse ir, salir del campo gravitatorio que nos aprieta al suelo y adentrarse en los espacios liberados de las leyes conocidas, dejarse permear por la energía que une con lazos invisibles los espacios entre partículas, las distancias entre planetas, los huecos entre costillas. Es abrirse a las conexiones que ampara el Universo, a ese vibrar del aire que envuelve todo y todo lo contiene, cohesión y sentido incluso en el caos que irrumpe como un rayo en nosotros para edificar desarmándonos, y ¡oh! lo que nos pareció destrucción no es sino fulgor de éxtasis bien mirado.

Dejar de ser tú es dejarse a la obra de lo indómito, aceptar el aparente desorden que trae la muerte para entender su milagro de transformación. Es pasar del capullo a la mariposa, del estómago de la

ballena a la osadía del mar, de la caverna de reflejos a la luminosidad de lo translúcido.

Dejar de ser tú es volverse transparencia, río vertido de la cumbre del glaciar entregado aún más en su pureza. Es morir para entender que nunca más has de morir y vivir para dar fe de que no hay muerte posible.

Dejar de ser tú es aceptar que nunca hubo búsqueda porque no había nada que buscar. Sentir, por fin, que todo estaba aquí, aquí, aquí, dentro, dentro, dentro...

A Quique Monis

Desespero por las discusiones que mantengo día a día con mi compañera. No consigo comprender que sea la misma mujer a la que, nada más conocer, puse la mano sobre el hombro, y enredado en una maraña de la que no consigo liberarme, pido ayuda a mi Maestro:

—¿En qué nos empeñamos? —le pregunto. Él coge un ovillo y lo desenrolla, en silencio, sin que parezca haberme oído..

—¿No es cierto que a veces parecemos ovillos?... —susurra de repente al cabo, concentrado en el ovillo, sin mirarme siquiera.

—Maestro... —insisto...

—Schsss, schsss... mira... ¿no ves lo fácil que se desenrolla el ovillo cuando se encuentra el hilo y se tira? Estamos orgullosos de sentirnos ovillos cuando en el fondo somos nada más y nada menos que un hilo. Mira que nos cuesta mirar lo sencillo con ojos dignos.

—Pero Maestro... —imploro cada vez más impaciente—. ¿Qué puedo hacer para no discutir con ella?...

—Ay... ¿No te das cuenta hijo?... —suspira el Maestro—. Queréis ser ovillos o hilos... Mientras queráis ser lo uno u lo otro, su empeño es tu empeño... Sólo el hilo que se encuentra y se sabe parte del ovillo está rendido.

Me empeño en decir que mis sueños son sólo sueños
Me empeño en levantarme por el hecho de levantarme

Me empeño en elegir de forma cuidadosa la ropa
Me empeño de mañana en entrar aprisa al metro
Me empeño en hacer un hogar al decorar mi despacho
Me empeño en trazar con cartabón la rutina del día
Me empeño en no soltar mi rabia aunque tenga ganas
Me empeño en desear y desear cosas que aún no tengo
Me empeño en la agitación al pellizcarme los padrastrós
Me empeño en no pedir lo que necesito a quien quiero
Me empeño en aconsejar a otros cómo hacer las cosas
Me empeño en engañarme del para qué de mis actos
Me empeño en disfrutar la vida con el freno de mano
Me empeño en dejar que otros den valor a mis acciones
Me empeño en adorar la culpa para seguir en su noria
Me empeño en no aceptar que si nada tuviera nada me faltara
Me empeño en pensar en la muerte como el final de algo
Me empeño en no decir a la gente que amo que los amo
Me empeño en empeñarme en el empeño
Soy todo un empecinado
Soy todo un...
Soy todo...
Soy...
¿Alguna vez viste al sol o a la luna empeñarse?
¿Alguna vez les notaste esforzados en el cielo?
¿Alguna vez tembló su luz o faltó un solo día?
No... el sol y la luna estaban rendidos en el cielo
Y se sostenían sólo con ser lo que eran...

¿Se empeña el Jacinto, se empeña el lirio, se empeña la amapola?

Sí, se empeñan...

Mas su empeño es distinto al del hombre. Asomados a sus verdes inicios, no les importa ser flor que embriaga, carne de pétalo amansada por el rocío, hilos de aroma amamantados por el aire. Se iluminan con hacer lo que han venido a hacer, y su empeño es tan natural que ni siquiera resulta empeño. Son lo que son. Dime una sola planta que no se empeñe en manifestar lo que es, dime un solo fruto que no sea un acto del soy a la propia entrega.

¿Ves que la forma que adopta el fruto y la forma que toman mis órganos es la misma?, ¿que la nuez extraída es mi cerebro, y la vulva del higo, dulce y secreta, no es más que un sexo húmedo y desplegado?

¿Acaso no somos nosotros un atisbo de flores? Sí, un retazo, una visión de una parte futura sin esfuerzo. Aún somos atisbos. Aún estamos lejos de la dulzura que tienden las flores a la tierra y al cielo. Aún nos empeñamos y somos vanidosos. Mira que no es vanidoso el empeño de la planta que pugna por abrir paso a su presencia única al manifestarse flor, porque no es más que corriente en marcha, alma de jacinto, lirio o amapola. Vocación de la flor por ser flor. Nosotros aún vivimos en el susurro del tallo, entre raíces y corolas, escindidos en la soberbia del que lo quiere todo y se empeña en tenerlo todo...

...Partamos primero de la raíz y su amor limpio tras la oscuridad manchada de tierra, afrontemos la rectitud y el vigor de ser tallo, demos vuelo de tacto a los pétalos, voz de luz a los estambres, y soltemos la esencia del perfume para que alcance los cielos, esparcida e ingobernable.

Empeñados en porqués, decididos en decir, enraizados en razón, dispuestos para discutir, envanecidos en vanagloria, olvidados del olvido, menesterosos en la memoria de los panes y los peces, siervos de tanta servidumbre, carceleros y candados, vacíos de valor, quejosos hechos queja, sonámbulas sombras de amaranto, niños desniñados apuñalado el sueño, jodidos juguetes de juegos, jarrones rotos de rosas...

... Acercaos al maestro que calla pues atesora oro en los labios, a ése que ofrece en sus manos la caricia de la pluma y cuyos huesos no beben del hartazgo, creed en sus palabras porque cuando os halle no veréis en sus ojos más que un espejo, y al descubriros en su cristal sabréis de la alegría de alegrarse, de la renuncia a la renuencia, de la sinrazón de las razones, de la locura que cura, del descanso de dejarse, del disfrutar el disfrute, de la inocencia del inocente, del niño que es el Maestro, del Maestro que siempre fue el niño...

Cuando era niño me gustaba entrar en el baño, cerrar la puerta y enseñorearme de la taza, sentado en mi trono solitario, aprieta que te aprieta, deseoso de liberar mi ano y desvelar lo retenido, ajeno al mundo y suelto de cualquier mano. ¿No es verdad que era entonces dueño de mi reino?, ¿único señor de los restos entregados por mi cuerpo?, ¿contenido de día para ser desprendido más tarde?

A veces nos encanta saber que apretamos, que mandamos, que hacemos por nosotros mismos, que nos cuesta esfuerzo, y sin embargo hay algo siempre que orbita dentro, y parece formar parte de un mecanismo de estrellas en equilibrio que alienta estos procesos de limpia y suelta. ¿O no es acaso lo que sientes cuando dejas hacer solo a tu vientre?, te acurrucas en la taza, relajas el esfínter y abres las nalgas...

¡Todo cae entonces por su propio peso!, ¡todo lo que fue fruto se descomponel, y esa caída es noble, un vencerse que nos quita reinado y corona de modo perfecto. Por eso no está hecho el reino de Dios para los que sufren en la gloriosa hora del baño su esfuerzo, está hecho para los diarreicos del delirio, los que se derraman, los que se entregan como teas encendidas hasta su pábilo.

Y si es así, tan fácil, ¿por qué nos empeñamos en estreñirnos?

Quizá nos guste sentirnos monarcas que liberan un reino que nunca nos fue en verdad otorgado. Probemos la humildad de llegar y

besar el manto de la Madre, dejarse a la sola presencia de la confianza en el beso, soltar amarras hacia los ríos que van a parar a no sabemos dónde, y notaremos entonces, ¡por qué no!, cómo cae la carga que no es sino estorbo...

Ligeros, ligeros, ligeros en esa desnudez de los colibríes al libar de la flor colgados del aire.

¿Obstinado yo?... Yo, que lucho todos y cada uno de los días... Yo, que nunca pierdo la cara a los problemas... Yo, que busco un horizonte y su esperanza... Yo, que me preocupo siempre... Yo, que no hago más que sacrificarme... Yo, Yo, Yo... nunca me obstino, nunca, nunca, nunca... doy vueltas y vueltas a lo que pienso de lo que digo, a lo que digo de lo que siento, y un día ese Yo aparece ajeno, como un edicto sujeto a una cruz de madera que nos dejara los clavos y el martillo preparados. Honra a tu corona de espinas, honra a tu martirio de hoguera, honra a tu armadura ganada en una y mil batallas, dice tu Yo...

Y miro esa armadura que libró a mi piel del dolor de roces y heridas, que pesa lo que pesa la fragua de culpas en la que fue forjado el hierro que protege la desnudez de mis entrañas. Así, nos obstinamos en batirnos, unos contra otros, devotos de las armas, cegados por nubes y nubes de culpa, venenos y venenos ingeridos de copas como vino que duerme nuestras almas durante aquellos días que trajeron éstos en que las armaduras a algunos les parecen ya sus propios cuerpos.

Si juego de verdad a ser Caballero o ser Princesa, todo se hace solo, sin esfuerzo y sin desvelo, nadie necesita armadura ni corona de hierro o espinas porque ante la Presencia cierta la voluntad se inclina... Yo, Yo, Yo... letanía que invocas cuando te sabes ya descu-

bierto, cuando adviertes que no eres el titán escondido tras la armadura...

... ¿Yo venzo, Yo mato, Yo beso, Yo amo?, ¿en verdad este Yo hizo o hace algo?...

Soy... ¡dilo! ...Soy... Soy... la luz que desarma al obstinado, la noche tendida al llegar su hora sin más afán que dar quietud a los ojos, la ignorancia tras haber perdido la memoria de mis anales y hazañas, la mañana siguiente como un campo sin pisada.

Soy... porque ese Yo... ya fui... Vestido de búsqueda insistía en la perfección sin querer guardar silencio. Obstinado, te agotaste en tu círculo, querido Yo.

Queda todo ahora para el que nada es. Todo para el Todo.

Oh, Universo, tú que riges en toda su magia al rendirse el empeño,
no nos otorgues más dudas,
haznos merecedores de esta certeza:
Todo es más fácil.

Querida...

Te contaré cuándo cejaste...

¿Recuerdas una tarde de verano, en la terraza de tu jardín, orgullosa de tus esfuerzos?, ¿de aquel empeñarte y su fruto a la luz del tiempo?: la casa conquistada al anhelo, los hombres rendidos a tu encanto, el orgullo de tu huella en otros labios, tus ruinas emocionales erigidas una y otra vez en palacios de restaurada belleza...

Ay, esa tarde veía tus arrugas futuras derramarse hacia la taza del té que girabas y girabas con tu cuchara de aluminio. Contemplaba tus ojos envelados por la falta de sueño e imaginaba la frialdad de tu piel a la noche, envuelta en la soledad de las sábanas y los ruidos de tanta refriega.

«Todo se marcha y te das cuenta que, en el fondo, nunca hubo nada», te dije, no con tristeza no, sólo por darle vuelo a tu jardín, umbral de aquel frondoso bosque que a mí me encantaba.

«¿Sabes qué supone empecinarse en algo?, ¿no te ha pasado llamar tantas veces y tan fuerte a la puerta, que al abrirse finalmente, caes de bruces al suelo por el impulso de tu rabia?». Consigues cosas, bien... ¿y después?... Siempre hay un después para los que al empecinarse sienten el antes y el ahora separados. ¡Y qué ocurre cuando te quedas a solas con los logros?... Tus hijos en caminos de amianto o brezos a la caza de señales que les guíen, la voz de tu vientre en el

recuerdo del deseo, la suavidad lenta y paciente de la brisa hablándote de lo sencillo.

Y es que da igual: ¿acaso por mucho que nos empeñemos conseguiremos atrapar el viento?, ¿raptaremos algún día del cielo a la nube?, ¿encerraremos en cubos de agua toda la lluvia que caiga?, ¿sabremos de la naturaleza del vínculo que une a cada neurona?, ¿hallaremos todos los cuerpos celestes? Sigue que te sigue, suma que te suma... Al vicio de empecinarse la virtud de negar. Eso diría un muro.

«¿Por qué seguir en el intento de hallar lo que ya tienes?, ¿por qué te esfuerzas?», te preguntaba aquella tarde, ¿recuerdas?

«Mira que no darte cuenta que cuando te da el viento en la cara también eres viento, que cuando saboreas el zumo eres parte de esos naranjos y limoneros, que cuando llueve y te mojas eres también nube, que todo eso que buscas con tanto ahínco, privación y sacrificio a veces ha sido siempre tuyo...».

Sonreíste, no puedo olvidar tu sonrisa entonces... abriste tus oídos y en tus ojos vi a una maga descorrer las cortinas. Envolviste la taza de té aún caliente con tus manos, te levantaste con lentitud, firme tu pisada sobre la tierra, y te encaminaste hacia el bosque abierto como un útero en fragor de musgo, aldaño a tu jardín desde que tu mundo fue mundo, florecido sólo para que acudieras a su encuentro aquella tarde en que, de alguna manera, aceptaste...

... y cejaste...

Soy pájaro rendido a la voz de ser pájaro...

Soy ala, ala, ala... soy vuelo...

...ya en las alturas, pluma enhebrada de innúmeras plumas, tejido de nimbo abriéndose a este sueño de ave, piedad que esconde la nube preñada, vida vestida de agua dispuesta a amamantar a la serpiente sobre la tierra...

Soy el vuelo y el aire que te sostiene, mi mirada tu mirada en veranos cuando rozas el río en pos de agua y avisas ondas con tu pico... te doy presencia con mis ojos, ¿y no soy acaso tú, golondrina?...

Me pregunto... ¿quién de vosotros no ha sido golondrina?, y ¿cuántos, por resistiros a ser las golondrinas que sois, no caísteis en picado del cielo cuando más os creísteis seguros en el vuelo?

Si me empeño todos los días en levantarme, ¿no estoy perdiéndome?, ¿no estoy por estar?

Imagínate... suena la alarma, abro los ojos, la luz se cuela entre las rendijas de la persiana, el mundo ahí fuera una tierra que desbrozar y arar, ¡oh cansancio!, sacos de malas hierbas y tierra que aguardan al hombre y pesan como los cántaros a hombros de las mujeres tras recoger agua en las fuentes... y no nos damos cuenta de que gracias a la carga y acarreo de sacos y malas hierbas o cántaros de esas mujeres y hombres, otros tenemos la ligereza de pesos y ese agua que nos permite sentir los labios húmedos tras el sueño a la mañana, regar la tierra sembrada que costó antes sudor en sus surcos, y la oportunidad sagrada del empeño en levantarnos con la esperanza de lo inaudito, convertidos en nuevos marineros que reman y reman en mares calmados o bravíos, a la vera de señales que gaviotas, delfines o sirenas nos muestren en las estelas de las olas o en los cirros del cielo, por ver si hoy será necesario enfrascarse en lucha de palabras con el verdugo o seré el que aseste el hachazo postrero a la nuca.

Y, ¡no soñéis en penar!... opositores felices a la vera del pobre Job... Este mundo que vive ahí fuera, esperándonos al despuntar del alba, no existe para que nos enroquemos en islas erizadas de fortalezas, no es lumbre para temer el pulso de la ola, no es distracción para

subir a lo alto de la montaña y mirar como el que ha venido de pasada a coleccionar fotografías de imágenes fijas y cómodas...

¡No!, ¡decídelo!, ¡decrétalo!... ¡Lo decido!, ¡lo decreto!, ¡no volveré a levantarme del lecho a fuerza de empeño!, despertaré siendo luz que ilumine mi cuarto, sonrisa que me abra más verdadero sobre todas las cosas, y así brote en mí la certeza de que no hay por qué defenderse, que en la primera pisada sobre el suelo se hallan todos los estados posibles, todas las felicidades alcanzables. Digo ¡sí! Acepto las promesas que me susurran por las noches al oído desde el otro lado de la onda, vivo con sólo cerrar los ojos y hallarme en el calor de mis manos, encuentro la serenidad de respirar abierto el paso entre mis canales de sangre y los velos del pensamiento.

¡Levántate y anda!, le conminó Jesús a su amigo Lázaro... y ¿cuánta no fue la alegría del resucitado ante sus hermanas y sus amigos?

¿A qué esperas para celebrar tu entusiasmo? Cada día nos dan el regalo de una resurrección, no olvides dar las gracias, pues si te abres llegará la caricia que nunca duele, la dicha de no hacer por estar, la dicha de estar para ser hermano...

Paseo por los bosques y me digo que ahora sí, que es ahora, ahora cuando puede tener lugar este agradecer bendito por todo lo que contengo, por todo lo que me has otorgado sin condiciones, y hundo las manos en la tierra... mas sin previo aviso, una rama rasga mi brazo, una racha de viento fustiga mi rostro, el bosque levanta un aullido, y ando otra vez enojado, molesto con los elementales al no aceptar este ataque.

Me engaño, olvido mis pensamientos anteriores: reparos a caminar solo, soledad al oír mis pisadas, abandono cosido a mi espalda... y comienzo a entender al bosque, consciente otra vez de mi balanceo en la queja, de la vuelta del plañidero que no acepta ser barca sagrada hacia el sol mismo, empeñado en que una lengua enroscada en mi cabeza baste para corromper el río, que un solo vertido de plástico pueda ahogar al pez que nada en la inmensidad del océano.

Pero, ¿qué demonios queda aún?... Ya hice tanto, tanto me dejé... cuando todo está bien, cuando el mundo es un bendito regalo cada tarde, cuando bajo la avenida con el sol acodado en las cornisas y los árboles se curvan al saludar a mi espíritu, otra vez llueven de súbito piedras sobre mis párpados, y la duda, mano que agita las aguas de mi estómago, guadaña que siega los pies de mi confianza, toma de nuevo posiciones en la trinchera ahora de nuevo abierta, el virus aún dentro, cepa dormida en el regazo de mi orgullo, despierta de tanto hacer trabajar al espíritu que nunca trabaja, ahora anegado en alud de emociones a disolver en cada curso, observador de tantas hazañas y fracasos al través de ruedas medicinales para acabar mareado.

Llevo años, y años, y años, te dices, y cunde el desánimo que acerca a la ciénaga y sus aguas de oscuros presagios. ¿Por qué me empeño?, ¿para qué sirve todo esto?... Otra vez en lo mismo. Buscador entre buscadores eres... Necio entre necios, te dices...

«¿Será que hacer y hacer, saber y saber, no es trabajo del espíritu?», te aclara una voz en sueños. «Quizá te sigues empeñando en ganar», guerrero de mil coronas y decapitaciones.

... Silencio...

Amigo...

...sé que es duro aceptar que no hay molinos a los que alanzar, que no hay gigantes que destruir, que no hay caballeros de la media luna a los que vencer en duelo, que no hay victoria posible porque nunca hubo verdadera lucha, que a lo mejor se trata de quitarse el traje, el abrigo, la falda y los zapatos, decir aquí estoy, y echarse a navegar en el mar plagado de tempestades, sabedor de que a veces se abrirán vías de agua en tu barco, confiado en que toda tormenta pasa para dejar luego el mar sin mella, pues lo que importa es no perder el rumbo, no dudar del faro que ilumina el horizonte.

¿De qué crees que murió nuestro amigo Alonso Quijano? Con vencido entre todos de su delirio, apartado de su otro yo Sancho, a nuestro Quijote le hurtaron la certeza de ser luz y faro de La Mancha, de su tierra, del universo, de su sola presencia.

Abandonado de sí, le tomó la muerte en la cama.

Deseo, deseo, deseo, y me empeño en sinagogas de la carne, en iglesias de la belleza, en mezquitas de las formas, en *asbram* del tacto, y busco volver al dios deforme en mí cuando la soledad aprieta, y estalla ese gemido que me regresa a las tierras del arrebató y a los animales del reino de los anhelos.

Deseo, deseo, deseo... díselo a la Torah desenrollada en legajos, a la Biblia derramada, maná de las rocas, al Corán develado en media luna, a los mantras cosidos en el viento por las palabras...

Deseo, deseo, deseo... anúnciaselo a los rabinos, a los sacerdotes, a los mulás, a los monjes... pregúntales cómo hacer para que el deseo se apague como una hoguera sin leña, pregúntales por qué me empeño, por qué nos empeñamos tantos y tantos en equivocár el placer que trae lo fugaz con amarnos, por qué me empeño en rendirme ante el ansia de un vídeo que proyecta siluetas enzarzadas en festines de jadeos...

Deseo, deseo, deseo acabar con el deseo... decir sí quiero a la medida exacta de cuerpo y alma, compasivo con mi búsqueda reiterada de migajas con las que, a veces, me empeño y me empeño vida tras vida en conformarme.

¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?... Siempre por qué... ¿es que no dejarás, Sísifo, de someterme a tu dictadura, de ponerme delante la piedra en la pendiente, de levantarme la cal de la herida para volver a herirme?

Una vez tras otra, una vez tras otra, una vez tras otra me encorvo, me arremango, dispuesto a cargar con la culpa, con la gran culpa que habita en mi mente, laberinto de caminos sin salida, telaraña a la que me pego como insecto, cuando lo fácil es y no te das cuenta, dejar a un lado esa piedra, subir la cuesta con el único peso de mi conciencia, disfrutar de las flores que habitan a la vera del saliente, asirme a las ramas de la higuera que creció al borde del abismo, recostarme a descansar un momento en el pasto del claro, acariciarle la crin al Pegaso que vino a mi rescate, y decirle que no, que las alas las llevo yo, que me espere arriba volando en círculos sobre la frente de los dioses, a las órdenes de mi impulso mágico, olvidado de ese Sísifo que fui, arros-trado por la corriente de la historia antigua, a la manera de los altos sacerdotes de antaño; y abierto, ahora sí, a la magnitud imprevista de la vida, a la canción tejida en la iridiscencia de las estrellas y el ulular del viento frío de diciembre, a punto de alcanzar la cumbre que ya no es cumbre, el techo que ya no es techo, porque todo es un darse cuenta quizá de que nunca hubo techo, de que ese firmamento anclado allá arriba, como prolongación de mis antenas, no es más que un deco-

rado construido para contenerme, troquelado de la misma materia,
sueño de la misma esencia, fugacidad proyectada por el eterno don
que, ¿acaso no lo sabes?, te habita...

Todo mente, mente, mente, todo muerte, muerte, muerte, todo mierda, mierda, mierda...

Las tres emes de las que ha mamado siempre el humano, cachorro de lobo preocupado sólo por satisfacer su hambre de madre, cría de águila acurrucada en su nido tiembla que te tiembla.

Mente, muerte, mierda...

... piedra que abate otra piedra para cerrar el sendero del empeño. Y uno siempre se empeña en no cortar el hilo de su madre y seguir a la busca del Padre, porque no queda otra que darse cuenta de quién es el padre, y no valdrán más excusas para por fin dejar de hablar de guerras, de asesinatos, de accidentes, de huracanes, de tristezas prefabricadas llevándose difuntos y más difuntos...

... Todo eso es mente, muerte, nada de eso es cierto, y lo que no es cierto, acaba convertido en mierda.

A la vera del residuo, dejada ir la roña, tiene lugar la limpieza, acude la transparencia, suena el gozo en el trino de un pájaro, y la mente se aparta, y la muerte se aleja, y un llenarse de tibieza ensancha los pulmones...

... ¿Qué era eso de la mierda?...

... la vista puesta en los bosques de cedros, en las montañas cubiertas de inocencia en celeste blancura, en mi cuerpo sentido como una antorcha que ilumina todo cuando contemplan mis ojos. Y la

mente es sólo un olvido, y la muerte es sólo una palabra, y todo no es más que todo como la nada no es más que nada...

Cómo no me di cuenta, ¡mierda, mierda, mierda!...

Sólo estar, no hay más, nunca pasa nada que no sea todo cuando uno se rinde y acepta que no hubo búsqueda, porque el Padre siempre estuvo, nunca se fue, justo ahí dentro, en esa alma que también eres tú.

Sí, esa mujer se empeña. *Padre nuestro, que estás en los cielos.*

Bendice el pan con las manos. *Santificado tu nombre.*

Y lo parte para los muertos y los dormidos, pues sabe que no están muertos ni dormidos. *Venga a todos tu reino.*

Todos la ven y se burlan. Habla a ese vacío que es vacío para los que están ciegos. Y la luz le arde en los ojos. La luz también se empeña. *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

Ella entrega el pan con las manos. *El pan nuestro de cada día, dánosle hoy.*

Y los muertos y los dormidos sacian su hambre de luciérnagas. *Perdónanos nuestras deudas así como perdonamos las de los deudores.*

Y quedan alumbrados para siempre. *No nos dejes caer en la tentación, Ajenos al hambre de luz. Líbranos del mal...*

Pan eterno.

Amén.

Una voz me riñe antes de volver a la carga:

«¿Quién te crees para juzgar éste o ése empeño?, ¿no te enteras de que, si no hubiese empeño, la rendición sería imposible?».

«¡Papá, quiero esa cometa del escaparate!», le digo a mi padre. «¡Dámela por favor!, ¡dámela!», le suplico. Quiero sentir cómo tira de mi mano mientras flota en el cielo, me digo, y le lanzo esos ojos de cervatillo ante la inmensidad del prado. Papá me regala la cometa y deja que vaya destejiendo el hilo por el camino. La suelto cuando llego a la playa, con cuidado de no abrir la mano y que se me escape. Siento que soy brote surgido de la arena que toca las barbas de las nubes por un momento. La veo elevarse, pero noto un agujero en el pecho, una herida de aire que me abaja. Miro a mi padre, me sonrío, me deja solo, y la ausencia me habla al oído de esa cometa hecha para alzar el vuelo, de su corazón latiendo al desprenderse del hilo, del ganar su alma al volar tan alto que esté más allá de mis ojos. Y entonces me llega la valentía, se ahoga la herida en su propio miedo, y suelto la cometa que tanto deseé para dejarla ascender a su reino. Ahora soy, por fin, ese niño cometa que llegó al mundo sólo para rendirse a ser lo que era.

Es un misterio ver la vida en la ficción de la calenda que, un día, se nos vuelve vuelo, relámpago en el cielo, confusión de bruma.

¿Has visto tu imagen en el espejo?

Aquel pelo que insistías en atrincherar, en alisar a tu gusto por no tenerlo ensortijado, ¿dónde encuentra ahora su brillo?

Aquellos pechos que amansabas orgullosa en la ducha, aupados pezones al hilo del agua, ¿cuándo cedieron?

Aquel rostro sin arrugas, dorado de cremas, ¿cuántas grietas ya cuenta?

Aquella figura sin tacha, esculpida tras horas de gimnasio, ¿cuántas dobleces más marca?

Seguimos y seguimos enfrascados en el hechizo de las esencias y los afeites, en la servidumbre del reflejo, oh Afroditas, oh Narcisos, ¿por qué continúo torturándome con los espejos que todo lo hacen doble?, ¿con la hoguera que abrasa y al ceder no deja sino humo y cenizas?

Estos ojos aún no están abiertos al misterio de la llama, estos ojos aún me engañan, y lo peor es que sigo dejándoles golpearse una y mil veces contra la misma pared de huesos.

¿Quién si yo gritara, me oiría desde
las jerarquías/ de los ángeles...
Las elegías de Duino. R. M. Rilke

Ya no podemos contar con los ángeles, pues aun en el caso de que alguno nos oyera y se apiadara, ¿no *pereceríamos por su existir más potente?* Gritan los ángeles que somos obstinados, mas no se han visto en sus desórdenes, en las praderas del aire, enfadados al no comprender nuestras distracciones, nuestras dudas, nuestros miedos a ser lo que somos, a ser lo que alcanzamos a ver en nuestros sueños más hermosos. Quizá en el fondo no nos compadezcan, porque somos capaces de ser todo: continente y contenido, materia y espíritu, creación y creador, amor y sombra del amor. Quizá anden dolidos porque bajaron con nosotros y son ahora los que andan más perdidos.

«Los seres humanos son tortugas recién salidas de sus huevos que temen aventurarse hacia el mar», dicen los ángeles.

Y se impacientan sus huestes allá arriba, oyéndonos mugir como ñus cruzando el río Mara en busca de nuevos pastos, un año tras otro, un año tras otro, esquiva que te esquiva los cocodrilos para luego volvernos a dormir en otra sabana, mecidos por el sabor de la hierba y el corretear de nuestras crías. Por eso a veces, enrabetados, deciden negarnos la lluvia, y la sequía convierte en cenagales los ríos, juntos los que pacen y los que matan en pugna por el agua para acabar todos embarrados, confundidos en un lodazal de sangre y pieles del que los ángeles beben también con su flema.

Pero sé que los alados nos aman desde las alturas, que están entre nosotros, y vigilan los vértices de nuestros empeños, al filo de su paciencia, a la espera de que decidamos echarnos al mar, dejar el pellejo de búfalos errantes y recordar que somos delfines jugando con las crestas de las olas, aventureros y venturosos, ensimismados en hacer de los océanos una fiesta de agua.

Los ángeles ya no quieren seguir sosteniendo lo que no les pertenece, ni siquiera los que andan por la tierra desean otra cosa que ser confundidos y quedar huérfanos. No aspiran ya a esa grandeza que nos empeñamos en seguir negando y que habita cada una de nuestras células.

Vosotros creéis que soy...

Si os contara lo que no soy...

Si os diera cuenta de mis desvelos, de mis perezas, de mis descon-
suelos, de las lágrimas que vierto por tanta insistencia...

Si os dijera que a veces lloro de rodillas suplicando entender,
que la tristeza me toma por sorpresa y marchita todos los cristales
de cuarzo bajo mi almohada, que los señores de tiniebla se abaten
sobre mis sueños y me desnudan el alma arrobándola con su aliento
de negrura...

Si os contara de mis heridas y cicatrices aún blandas, y de aquellas
que aún siguen abiertas igual que ascuas ardientes...

Si supierais de mi ansiedad y esfuerzo cuando habito el silencio
en mi plegaria, si tuvierais noticia de mis ausencias de fe en la magia,
de las dudas a dejarme en brazos de mi presencia, de la respiración
angosta en el pecho, de mi empeño en mantener todo bajo el man-
do del guerrero tembloroso, de esa desazón que empuña siempre la
boca de mi sexo...

Si me conocierais como me voy conociendo, veríais que no soy
lo que creéis que soy, que ni siquiera soy lo que creo, que aún sigo
creyendo en lo que no soy, y por eso sufro por mi creencia, cuando en
mis adentros sólo quiero ser justo aquello que ni siquiera trata de ser.

¿Para qué fue creada la nube?
¿para nublar el sol?
¿para oscurecer en ocasiones lo celeste?
¿para evitar a veces que en las tardes de verano el sol nos insole?
¿para llorar por la negrura y permitir al cielo sembrar con lágrimas la tierra y volverla flor?

Todavía el demonio soy yo. Viaja dentro como un polizón que muere de mi alegría cuando llevo demasiado tiempo con brillo en los ojos. Mas llegará un día en que ese diablo que me habita, rendido, dejará de rebelarse para que no sea uno como antaño.

Porque he aquí que el dios de mis primeros padres, antes de la caída, también soy yo. Lo llevo aquí, incrustado, y desde pequeño, por las noches, era mi único consuelo frente a la oscuridad. A él acudía cuando me aguardaban tras las sábanas, a él pedía cuando bajaba a los infiernos en una cuerda de plata y muchas manos envueltas en tiniebla me rozaban en el descenso.

Llegará un día en que este dios y este diablo que me cohabitan no serán necesarios. Llegará un día en que el juicio cesará porque no habrá separación que dirimir. Y el nuevo dios que surja, sabrá perdonar que le conozcamos de la única forma posible: desconociéndonos.

Soy un repetidor, lo sé. Vuelve y se revuelve la lección, como si la experiencia no hubiera servido. Una chica desea el mismo compromiso, el trabajo vuelve a aburrirme, de nuevo me dicen que voy por libre, otro amigo me tilda de manipulador...

No hay nada casual, no hay coincidencia posible cuando los espectros regresan, impávidos ante idéntico paisaje. Será que no nos movimos de sitio, que vibramos aún en la misma onda, y la antena emite y capta lo que delatan nuestros huecos. Por esas brechas de agua entran las sanguijuelas y chupan nuestra luz malherida apartándonos del camino.

Queramos o no, sumidos en nuestra propia historia, nos decimos que todo será distinto, pero en el fondo sabemos que al ensayar de nuevo repetimos anteriores actuaciones hasta llegar a bordar el día de la función última, y olvidamos que lo esencial estriba en que al saltar de la cartelera, dejemos este escenario a lomos de la conciencia y con un penacho de sueños enhebrado en las manos.

Veinticuatro de diciembre de mil novecientos catorce.

La guerra lame las grietas de la tierra con sangre, los hombres ensartan su carne a bayonetazos en un cuerpo a cuerpo que derrama lo más sagrado que nos dieron. Alguien despierta entonces, un resplandor ilumina la oscuridad de una trinchera, y una de esas sombras con gabán y capote subido hasta las orejas, botas ribeteadas de ceniza y nieve, emerge de su ratonera como un fogonazo a menos de medio kilómetro de las ametralladoras.

Esa sombra es un hombre, instrumento de la valentía más poderosa del Universo, aquella que mueve corazones, alienta la fe y la conmueve en la alegría del encuentro que olvida atrás cualquier cosa. Por eso se acerca a las trincheras del enemigo ajeno a sus altos mandos, por eso levanta las manos sin esperar nada, por eso deja que una sonrisa gane su rostro cuando le escrutan los otros por ver sus intenciones.

Esa resonancia que siente vibrar dentro como una sola onda, no tiene bandera, no tiene rival, no tiene afrenta.

Si te dijera que ese hombre de mil novecientos catorce bien puedes ser tú vibrando ahora, no des la espalda a tu destino, no des la espalda a tu causa...

Si te gritara, ¡sal de tu trinchera!, ¡levanta los brazos!, ¡ignora a los que te ordenen matar a tus semejantes!, ¡haz caso omiso a los que te impelen a cumplir la ley sin excepciones!, ¡guíate de la luz que corta los espinos del alambre cosido en las fronteras!, ¡toma tu fusil y descárgalo

en las ventanas del cielo!... tú ya sabes... sigue el ejemplo del soldado que renuncia a su uniforme, del sacerdote que se desprende de su tiara, del guerrero que deja su arco y abre el corazón a la flecha, del padre que jamás niega el beso en la noche a su hijo.

En medio del abismo, hace cien años un hombre recuerda por qué ha sido imaginado el hombre, y lo hace al pie del cadáver de un amigo, a la vera de las balas, asaltado por el miedo de extremo a extremo, bajo la amenaza de ser fusilado si desobedece. Nada puede pararle e impedir que recuerde...

Todos somos uno y estamos conectados.

Por eso todos, ese día, como un solo hombre en la Navidad de mil novecientos catorce, salen de sus trincheras ávidos por acoger la mano del contrario, deseosos de dispersar aquella sombra que ha engañado a sus corazones.

¿Por qué no termina la guerra?

El miedo domina a los generales, domina a los dignatarios que no son capaces de imaginar una tierra sin trincheras, un mundo sin guerras, un universo en que la Tierra respire libre de estallidos y el poder no sea más que el eco del aullido.

La gran revolución a punto está de iniciarse, los gerifaltes y los ejércitos se empeñan en despeñarse, decididos a acabar con la sed de los labios bebiendo sangre. Y los rebeldes vestidos de luz son ejecutados, bombardeados por los suyos para evitar esos abrazos que llenan de luz el odio.

¡No dejemos que esto pase ahora!, ¡no nos retiremos cuando los de siempre nos llamen insensatos!, ¡no nos culpemos cuando oigamos a esas voces mentarnos traidores!...

¡Dejemos de empeñarnos en la lucha!, ¡dejemos que el amor venza en nosotros!

¡Hoy!

Veinticuatro de diciembre de dos mil catorce.

¿Dices que no buscas?, ¿dices que la plenitud arde dentro de ti, empuñado en anhelar lo de fuera y permitir que esa grieta tienda aún frío en tu seno?

Cuando miras por la calle a las cuatro esquinas y la carne se aviva como el resplandor de una flama, cuando sientes el incendio en tu vientre y vuelves al sirviente que llena el vaso del amo y descuida el suyo, cuando giras tu cabeza en el metro hacia la puerta en cada parada a la caza de una mirada imprevista, cuando alzas la barbilla hacia el cielo una noche de agosto en que la ciudad yace ausente y quisieras perderte allá arriba...

Cuando hagas todo eso, pálpate ese erial como un jardín pisoteado que nadie contempla, nadie recorre y nadie visita para sentarse a sentirse en un banco. Así será como conozcas de verdad la ansiedad de tu búsqueda.

Pues si no buscaras, si fuera cierto que estás repleto como los odres de vino en nupcias, el imán de la belleza sería un brillo más de un día soleado, tus ojos navegarían un mar en calma sin virajes, y tu vientre reposaría tendido al sol como el de las ballenas volteadas de tanto contento por la sola luz y agua que les abraza.

El empeño llega del otro lado del tabique en las voces de mujeres, la música, el tintineo de copas en la casa del vecino. Todo el clamor que creíste acallado vuelto a erizarse, a tejerse en los hilos de tu terquedad de lobo, y aunque digas que ya no miras a la luna con dientes afilados, retienes dentro el aullido del cazador por si alguien te condena. Acercas la oreja al tabique sólo para imaginar los pechos agitarse con el baile, te crecen las uñas de las manos y la saliva cae de tu boca como una fuente de melaza.

Es tu vecino, justo al lado, el que te muestra al empeño tocando tu puerta, y tú sabes que sigue ahí, por los siglos de los siglos, aletargado, a la espera quizá de una luna sin velo...

... Y de repente despierta, por qué no, tras un tabique, una noche cualquiera... la mente resurge, hace su trabajo, y trae de ti aquello que más tardaste en desarmar, la verdadera naturaleza de tus desvelos, presentándote la brecha eterna de la piedra de David en la frente, esa señal de Caín hecha pústula por tantos y tantos empeños en la memoria de los hombres, que sólo cicatrizará cuando este lobo acepte que aún pertenece a la manada, que no es todavía un lobo estepario, obediente sólo a la voluntad de la taiga y la voz escarchada del cielo.

Aún pido por un padre entre las sombras de mi noche. Llamo entonces a mi Gepetto, que acude con su madera de orfebre para arreglar mis desperfectos de marioneta. Le digo que quiero ser carne, para no quedar algún día como polvo de virutas, soledad de serrín, dejado en el suelo tras los cortes de la segueta. Y al poco, tocado por la magia, empiezo a sentir la soledad y la grandeza de ser un niño Pinocho. Ésos que miran la vida con los ojos del ilusionista que saca de la nada mundos y les concede hábito de existencia, éstos que sostienen su corazón para arder el milagro de la creación y conmover todo lo que abrazan.

Mas, cuidado... lo primero que olvida un niño Pinocho cuando crece es a su padre y lo que le movió a pedir su presencia. Llegará el día en que su fe en Reyes Magos, ángeles o sirenas le dará la espalda, harto de golosinas su nariz se alargará y las orejas le crecerán como a uno de esos Lucios o Plateros de libro, y poco a poco olvidará lo que al llegar a esta Tierra sabía, y a conocer lo que habrá de desconocer para regresar al primor que era. Y así, a los pocos años de olvido, el niño Pinocho será, ahora sí, un auténtico hombre de madera, una marioneta que no tendrá memoria de lo que siempre supo, un muñeco que vivirá en un decorado de cartón piedra, accionado por los titiriteros que sujetan con sus manos los hilos que nos sostienen a nuestra vida de dormidera.

Seguro que pronto, pronto, pronto serás tú el que dirás, ¡ya basta!, ¡es hora de cortar los hilos!, ¡es tiempo ya de dejar de ansiar un Gepetto!, porque el Padre siempre estuvo en nosotros, en la voluntad de crear la tijera, en la intención de dirigir el corte a los hilos, en la rendición de bruces sobre la tierra, en el coraje de levantarnos y ser el que fuimos antes de que nos convirtieran en títeres de madera. Si lo creemos, el Padre emergerá de nosotros entonces, aunque la oscuridad que abra este retorno nos dé miedo, porque el que inicia el camino intuye que la luz está sólo a un palmo, que ahí estuvo siempre, empeñada en sostenernos sin codicia, y ese saber tan rotundo levanta temor en las noches oscuras.

Despojados del miedo, sabed que el niño que sois renacerá tras tres días dentro de una ballena, vuestro Pinocho será resucitado en el vientre del cetáceo venido de las estrellas... Y no hará falta de nuevo un Gepetto porque el Niño y el Padre serán uno. No habrá búsqueda ni empeño. Y entenderéis que en vuestro interior late el Universo, la nada creadora del Verbo, la luz de la alianza eterna.

El Padre, El Padre, El Padre...

Como es arriba, es abajo,
como es abajo, es arriba.
ElKybalión, Hermes Trimegisto

Alguien es responsable de que vague cual sombra para siempre.
Alguien no me concedió el perdón.
Alguien me condenó a penar aquí para siempre.
Alguien echó la llave al foso del calabozo.
Alguien me encerró.
Alguien me traicionó.
Alguien me hizo derramar sangre.
Alguien provocó mis pensamientos.
Alguien alentó ofensas contra mí.
Alguien, alguien, alguien tuvo la culpa.
Algo, algo, algo...
Lo sé, lo sé, lo sé...

Otra vez en manos del catalejo, otra vez al avistado de barcos enemigos que someter, otra vez la pólvora aprestada en los cañones, otra vez al abordaje de cubiertas que calafatear con sangre, el puñal en la boca, la mano crispada sobre la empuñadura del sable, mi estómago haciéndose cruces, la ira que hiere mi vientre y lo arrastra... otra vez rienda suelta al encono, otra vez este juego de conquista y muerte, esta falta de fe en la vida...

¡Mirad!, ya llega a lo lejos otro botín con su bandera...

¡Y si abro la casaca!, ¡y si descuelgo la cinta del sable!, ¡y si dejo sin carga mi mosquete!, ¡y si ordeno silenciar los cañones al lamerse los barcos!...

¡No!, espera, aún mejor...

¡Y si tiro al mar el catalejo!, ¡y si dejo de avistar presas!, ¡y si bajo la bandera!, ¡y si arrío las velas!...

¡Sí!... di adiós a los abordajes...

Y si todos nos dedicamos a ir de isla en isla, de playa en playa sin destino alguno, y sólo recogemos lo que nos quiera dar la vida...

¿Qué pasará?, ¿qué seremos si ya no nos empeñamos en ser piratas?

¿Tienes miedo, hermano, a soltar el cuchillo de tu boca?

«¿Por qué, hombres nacidos de la tierra, os dejáis llevar por la muerte, cuando tenéis permitido obtener la inmortalidad?»

Poimandrés. Hermes Trimegisto

El que vivió con miedo morirá con miedo.

He visto irse a dos de mis mayores con el pavor cegándoles los ojos. Les he visto lanzar el estertor con la mano agarrada a las sábanas. Ahora sé que temían desvanecerse justo al llegar el encuentro, y al notar el aliento de su alma surgió aquella resistencia que tantas veces alentamos desde la mente como muro a la auténtica naturaleza que nos sustancia. Nos pasa a tantos... Y aún más pugnamos para no marchar de esta materia que nos enseñaron a adorar. La muerte nos alcanza así como un término, cuando sólo es el fluir de una línea, sólo un trámite que marca la intensidad de esa línea, y que al elevar nuestro vibrar nos convierte en ondas y resonancias olvidadas.

El miedo sólo se ceba en los que han elegido mirar ese momento como frontera, alambre de espinos para su cuerpo desnudo. El miedo sólo atrapa al que opta por el sufrimiento.

Si ése eres tú, dará igual el bien que hayas hecho, las vidas que hayas salvado, la fidelidad a tus creencias, al llegar al paso de la orilla bajo el puente verás el acantilado y advertirás la sombra de un abismo sin luz posible: se helarán tus entrañas, te asirás al brazo de los tuyos cual

náufrago, y llorarás, llorarás, llorarás por no caer despeñado al foso que tu mente atisba. Perderás entonces el derecho a ser inmortal, volverás de nuevo para resarcir tus deudas y reaprender la fe de tus maestros, vivirás para volver a morir y que tu muerte no sea ya presa de tristeza, vivirás para aprender a morir y que tu muerte sea fulgor de alegría. Aprenderás como mortal a ser inmortal, pues sólo nosotros nos agarramos una y otra vez a elevar una frontera, a despojarnos de nuestra piel de dioses, y nos fiamos de los ojos, no de la mirada que los vivifica, porque queremos que estos ojos nos muestren un mundo fácil, donde exista el azar y podamos culpar a un dios o a la casualidad de nuestras ofensas, y así perder de vista el hecho de que los dioses que somos deciden bajar a esta tierra para obrar plagas y milagros, quieran o no quieran acordarse antes de dejar la voz de la línea y volver al silencio del punto.

¿Duermes entre tiburones que acechan tus naufragios en el mar del sueño?, ¿acudes aún a la voz de tu madre desde la terraza cuando juegas?, ¿sientes que tu juego es menos importante que subir a la hora exacta?, ¿te empeñas en fustigarte con la vara por merecer el esputo de una roca?

Dime hermano, ¿sientes culpa?

Contempla ahora la naturaleza:

¿La leona se arrepiente al devorar a un búfalo?, ¿el elefante se daña por aplastar una choza que fue construida en su senda?, ¿pierde el águila majestad en su vuelo al despeñar un polluelo por no alimentar a todos sus hijos?, ¿se subestima el amante por ser repudiado si entregó de veras?

Culpa que pueblas de miedos el mundo, que otorgas cadenas a la aventura de esta Tierra, a ti te besaré como a la doncella dormida para que vuelvas a la vida convertida en princesa. ¡Seguidme hermanos!, no volváis la vista hacia esa manzana de mil rostros, no regreséis a las horcas de los que os vendieron esta realidad de agujijones y mordiscos, no caigáis en las cunetas de los solares donde quedaron enterrados vuestros juguetes...

Todo cambiará ahora, cuando decidáis escuchar a un amigo, cuando tropecéis con un desconocido que os haga una pregunta y os paréis a desvelarla, cuando caigáis en vuestro sofá y los ojos olviden

la clepsidra... Notaréis entonces cómo os anega la armonía, fuente brotada del interior que os alivia de la sed en lo más hondo del verano. Y así será como soltaréis vuestros temores, así será entregaros a la osadía de este ser que os resurge dentro para amaros, por fin sin tapujos, sin remiendos, sin contemplaciones, sin motivos personales.

Muchos quieren llegar a ser el que son cuando no saben qué es “ser”...y esto es molesto amigos, pues levanta polvaredas y avienta malas hierbas.

No sé cuántos hemos intentado andar con una sola pierna, y sabemos que aún con apoyo el camino se hace largo, tedioso, cansado. Es lo que nos pasa cuando no sabemos aún “ser”... que vamos apoyados siempre en algo; si no es nuestra pareja, la familia o algún amigo; nuestras creencias, numerosas como las langostas en plaga y dispuestas a evadirnos de los trances tan airosos y ciegos como siempre: la religión que media ante dios, el trabajo que otorga libertad, el apellido ahíto de orgullo... o por qué no, la soberbia de fraguarnos a golpe de cincel y martillo por la propia mano.

Mas siempre surge de nuevo el problema: ¿quién eres?...

Por ejemplo, y sin ir más lejos, ¿quién eres Javier?

Pregúntale primero a las mujeres que yacieron contigo, ¿no extrajo cada una de la fruta que eres un jugo de aroma y sabor distinto?, ¿no es menos cierto que si fueras músico y tocaras la guitarra ésta hablaría de ti cosas que no diría un piano?, ¿o crees que a veces uno no se enfada igual con su jefe que con su compañero?, ¿que tu fuerza de reacción no es la misma ante un perro que ante un lobo al vernos acorralados?, ¿que el Everest no requiere de nosotros lo mismo que el Teide?, ¿que si los pensamientos nublan mi cabeza no saludaré al

panadero, al frutero de la esquina o al vecino como otros días que el cielo de mi mente está raso?, ¿y en ese preciso momento no seré otro para esa persona que me ve todos los días?... ¿Y quién será Javier entonces?, ¿el arisco que no levanta la cabeza del suelo o el tierno que pone su mano en el hombro al primer conocido que encuentra?

Cada día nuestra realidad asume la forma que proyectamos, y en ti está aceptar el mármol con que se hizo la escultura, acariciar la me-lla para hacerla rasgo de luz, convertir la mirada de lo cotidiano en un haz de oportunidades donde lo imposible se vuelva posible, la naturaleza de las cosas se revele y el temblor llegue a su origen sin miedo del principio, donde lo sólido sólo es el disfraz de lo que muda y la percepción de lo que era cede a la voz de la comprensión interior.

Esa voz me susurra, «tu padre y tu madre no te son tan conocidos, el abrazo de tu hermano guarda una cicatriz cosida a su garganta, la sonrisa de tu amigo es un barniz para hacer más bello el camino, y chocar con un desconocido aflora la memoria secreta de cuando los seres humanos realizabais prodigios con sólo abrir la mano... ¿Sabes acaso a lo que juegas? ...», susurra la voz, y se apaga...

Y no hay excepción si la mutación toca arrebató, todo en la alquimia se transforma y ningún elemento del proceso vuelve a su composición conocida, ya dice la física que la revolución interna precede a la externa, que el movimiento de las partículas generan la imagen del átomo.

¿Quién es Javier entonces cuando lo componen átomos que están vacíos al noventa por ciento?, ¿de qué están hechas su imagen y su materia? Si ni siquiera sé cómo se las arregla el vacío para dar consistencia a este cuerpo tan sólido en apariencia, ¿cómo voy a creer que soy ese que llaman Javier y que de algún modo esperado se comporta? ¿Qué puedo ser sino un sueño del Vacío que se sueña? ¿Un vacío del sueño que lo es Todo?...

Yerras, yerras, yerras si te empeñas en creer que te conoces... ¿no te das cuenta?

Despertarse es ver tus rasgos desvanecidos a la mañana en tu espejo porque habitan en los rostros de otros, dejar la huella de tus dácilios para siempre en el polvo que levantaron muchedumbres, ver desangradas tus razones por la herida de la palabra asestada por otra boca, y asentir, asentir, asentir...

Despertarse es, no lo dudes, comenzar a vivir con ese desconocido que eres. Pasar de la montaña a la nube y de la nube a la montaña. Hacerse viento y agua el día menos pensado.

Erase una madre que de tanto cuidar,
tanto cuidar,
tanto cuidar,
olvidó que algún día llegaría el descuido
abriéndose paso como la hierba brota de la tierra
cuando una sola gota de agua cae desde el cielo.

El pensamiento del pensador era veloz como el rayo.

Aparecía ya sólo con la intención.

Sabía su camino de memoria, lo había recorrido una y mil veces, y sus pies un tanto pesados de tantas idas y venidas habían roturado la senda a lo largo de su cerebro.

El pensamiento aguardaba como el caballo de posta, raudo y fresco a la espera de ser utilizado por su dueño, orgulloso de tener quien lo espoleara al galope. Hinchido de ser pensamiento; sobre todo, de ser ese pensamiento concreto que recogiera asentimientos.

Él sabía que había muchos pensamientos a la espera, pero que el pensador solía utilizar sólo a unos pocos de confianza, y cuando sin quererlo se le escapaba uno inhabitual, éste, al desconocer el camino y encontrar otros ya figurados, terminaba perdido en el sendero de siempre y enajenado de la propia esencia que lo distinguía. Así, el pensador estaba orgulloso de la velocidad de sus reacciones de ingenio, del dominio de su cerebro sobre los temas que conocía, de su devastador principio de réplica.

Mas el pensador, que no era mezquino, notó que cuando un problema llevaba en su gestación la impronta del latido, su pensamiento intentaba resolver la cuestión haciendo el mismo trayecto y al final la solución alcanzada nunca era satisfactoria porque de ninguna manera aminoraba el latido.

Así que, una noche, el pensador, aburrido de dar vueltas y vueltas en la misma noria, sentado a la luz de una vela, respiró de repente tan profundo que fue como si una piedra rodara de un sepulcro sellado, y sus caballos de posta quedaran amansados y guardados en los establos de sus posadas, cansados de recorrer una y mil veces las mismas rutas, rendidos a su cansancio.

El pensador comenzó a sentir una serpiente que ascendía de su columna y rompía como un río de luz en su cabeza. Fue entonces cuando, como si hubiera sido lanzada una bengala, se iluminaron caminos nunca andados antes en aquel mapa de vías enredadas y sinuosas. El pensador, abierto a aquella sensación de pecho desovillado, dejó a la serpiente engullir los pensamientos que emergían dispuestos a seguir los caminos trillados, abierto a la corriente que se abría paso.

La serpiente se hizo más y más grande a cada noche que el pensador soltaba las riendas de su cabeza y respiraba muy profundo. De este modo comenzó a utilizar con más frecuencia pensamientos que utilizaban caminos no transitados y encontró así vías distintas para solucionar problemas.

Descubrió, pues, al albur de la serpiente de luz, el curioso empeño del pensamiento en sentirse orgulloso de ir siempre por los mismos sitios y tener siempre la razón.

Y se sintió entonces el pensador como un globo lleno de aire.

Por eso decidió que la serpiente saliera todas las noches como una onda a zigzaguear en la llanura de su mente, sin importarle las sacudidas o los peligros que aguardaban en aquellos caminos nunca antes vistos, ni tampoco el miedo al ignorar cuál sería la siguiente posta de su caballo.

El que cree vivir en el tiempo busca felicidad.
Vivir el cuerpo de la realidad, Vicente Gallego

Vamos y venimos atados a preocupaciones en este juego que nos esclaviza, de un lado a otro, perdidos en la vastedad de lo fútil, abrigados de niebla al encuentro de nuestros osarios.

Vivimos a vueltas del reloj, en el canto de la moneda, en el número de la matrícula, en el sonido del teléfono, en la oscuridad de la clave, en el velado de la contraseña, en el cálculo de trayectorias, en el informe que otorga certeza al hecho... todo lo queremos datar, cuantificar, marcar como si fuera una res brava que fuera a escapar de nuestra finca, como si contándolo de algún modo lo fuéramos a hacer visible para siempre.

¿Por qué sigue en nosotros ese miedo a ser abandonados?...

¡Cómo tememos los finales!, y acaso también los principios... Agarrados a los transcurros como garrapatas sedientas de sangre, enfrascados en el martirologio de las agujas, acuciados por la falta de tiempo...

Así se nos pasa el paso, el camino se embarra, y nos extraviamos en ciénagas de brea donde los grandes paquidermos se hundieron también poco a poco en su lucha por mantenerse a flote, y olvidamos que los encontramos, millones de años más tarde, dispuestos igual que cayeron, yacentes y rendidos, ajenos a la trampa mortal por la que se vieron atrapados, ahitos de prisa en su pugna por no hundirse, por escapar, por respirar, por seguir la vida que hacían.

Ahora ya nada de eso importa.

Me visitan en sueños, me clavan sus marfiles y escucho sus bramidos, guías del delirio contándome su experiencia. Me piden respeto, me piden paciencia, me piden escucha y oír al espíritu de la tierra, y se quejan de que de nada nos valdrá seguir en la lucha, pues los grandes volcanes no se atienen a nuestros números, los temblores de tierra escapan a nuestras mediciones, las radiaciones del Sol emulsionan sin parámetros, y las estrellas, las auroras, los ríos, los animales que nos acompañan nacen y mueren sin temor por el futuro. Hacen lo que vinieron a hacer, laboran con calma sin importarles esta mirada de espuma nuestra, siempre en pos de una medida, de un baremo, de una secuencia.

Quien se crea capaz de encontrar felicidad en el lamido de los días del calendario, en las ocupaciones terminadas a tiempo, en el espaldarazo de la opinión del otro, no es más que uno de esos animales de ciénaga a la espera de ser fosilizados. Quien encuentre felicidad en la lucha por quedar a flote, estará condenado a hundirse porque nada sobrevive en el arco del tiempo.

El milagro surge de la realidad emancipada a nuestro control. El milagro es una alteración que estalla la rutina y no se somete al segundo.

Por eso, una resurrección rompe cualquier medida, por eso la resurrección nos saca de la ciénaga al trascender la pátina del tiempo. Por eso os digo que para creer en milagros es necesario dejar de habitar los años, hacerse niño infinito. Y para vivir el milagro es necesario soltar la refriega, entregarse a ser el río mismo que suena y pasa, rendir la piel al vuelo del alma para ser ése que no sabe de esfuerzos o de esperas.

A ti, mujer...

Si te dijera que me he rendido, mentiría.

Poco a poco, ritual a ritual, hecho a hecho, reconozco que aún no he arriado del todo las velas. Que no he soltado del todo la cuerda. Que aún no he retirado la mirada tras despedirme, que miro atrás para verte marchar de espaldas, que me gusta coger las estelas y retenerlas como cometas malheridos.

Signos que me avisan del aferrarse.

Ay, ay, ay... mi mundo se conmueve como si una montaña de granito se volviera agua.

Y lloro, lloro, lloro porque me resisto a la certeza de que el verdadero amor es una flecha en perpetuo avance que encuentra siempre un blanco pactado. Da igual lo que hagamos, da igual cómo lo hagamos. Las almas son arcos que esperan la flecha adecuada para el disparo acordado, y la segura diana se clave donde se clave el dardo. Nada se consigue en la esperanza, nada se gana en el desengaño, todo es rendirse a la voluntad del amado. Eso es la entrega en sus brazos. No esperar que nos sostengan, no tener miedo a la caída. Ser feliz con la espera hasta que la vida te otorga reunir arco y flecha, y una vez lanzado el dardo olvidarse, para engendrar ese disparo que haga diana.

Basta ya de empeños nacidos de la culpa por no hacer las cosas de manera adecuada, basta ya de retener corazones en la palma porque sigan enredados en tus líneas, basta ya de rebañar el tuétano del hueso cuando el espíritu clama por su ascenso.

— |

Hora es ya de rendir las armas, de aceptar que la luz pervive en los otros como ejemplo de nuestra propia renuncia, confiando en que se abrirán las puertas del cielo, que tañerán las campanas de los ángeles, y a través de tu rendición la creación volverá a alumbrar la unión de vuestros caminos.

Dejarás entonces que el universo te arrulle con sólo reconocer tu miedo a levantar la mano de su hombro.

Cuántas veces quisiste dar de beber al sediento sin darte cuenta de que la sed ardía en tu corazón su incendio. Cuántas veces quisiste beber sin darte cuenta de que tu sed nacía en las lomas del deseo, en los laberintos esculpidos por la mente, y aunque el caudal se derramara bajo tu lengua, ni una sola gota la rendiría sin derribar tu muro de creencias.

Ríndete a la manera del sediento, y pide, pide, pide a tu camino la aparición de esa fuente con la que cesa toda sed, y al beber no te asustes y confía en su manar eterno; toma la que necesites pues si no acabarás por robar más tarde a otro algún sorbo por no haberte saciado. Cúrate las heridas de los labios, alivia tu garganta encostrada antes de regar de agua la nuez del prójimo.

Tú sabes que quien se despreocupa de sí y de los que le duelen más cerca, y acude a hacer de lo lejano un paraíso, no consigue más que empeñarse en propiciar su sombra, maquillar a través de otros sus crujidos que, al final, como tormenta de huesos, tronarán sobre sus sueños para derribar el templo construido sobre cimientos de barro.

Date de beber querido sediento, date de beber a ti el primero. No te empeñes en hacer de samaritano cuando aún no hallas en ti al Mesías que eres.

A Joaquín

Cuando se vaya mi padre no quiero ver como siempre empañados los cristales de casa. Abriré la ventana, contemplaré el jardín y oleré los cipreses en hilera entregados al sol de la mañana.

Así será.

Traerá el aire palabras de la noche humedecidas por el rocío, el susurro de algunos secretos que nunca dijo. No meteré sus recuerdos en una caja. Acudiré al acantilado de su deseo, vaciaré las cenizas de la urna, diré en voz alta su nombre y planeará alguna gaviota, de nombre quizá Salvador para recogerle entre sus alas y jugar con las corrientes, pavesas descendidas para hacerse ribete de espuma, remedo de plancton engullido por alguna ballena, sueño de transformación en el vientre de este enviado de las estrellas que, nunca, nunca, nunca dejaron de ser el hogar de su espíritu.

Y así le rendiré pleitesía, porque fue mi padre, porque le elegí para alojar mi relámpago de vida. Este día, cuando se vaya, el árbol de la familia alumbrará ramas de las que nacerán flores sin lucha, y seremos uno. Seré por fin, el primero.

El despertar es un misterio de resonancias universales, el mecanismo de un reloj con la alarma lista desde su puesta en hora. Algunos se empeñan en creerse despiertos, pero sólo están en el tiempo de la duermevela a la par que otros habitan el descanso del ensueño. Hay quienes acechan desde la vigilia, pero aún son pocos los despiertos, y el empeño en quitarse la modorra es las más de las veces el gozne que permite abrir la puerta. A veces no hace falta hacer nada, basta tan solo orear la cama y la luz llega al ajustar la bajera, por mediación del doblar de una sábana, al acomodar la funda de la almohada o en el remeter de la manta. Los cuatro arcángeles están en el lecho. La luz que se gana a la noche durante el sueño, a la claridad del alba se pierde como un conjuro. Gran paradoja de lo onírico: cuando yaces dormido la rendición llega y la nada se apropia de tu regazo; y es al volver a despertar cuando comienza de nuevo la lucha y el todo quiere ser hallado. ¿Y si no despertara?, ¿y si no volviera a la lucha?, ¿qué perdería de lo que poseo?, ¿de qué habrá servido cualquier empeño?

¡Qué paz!, ¡qué gloria!, me acabo de dar cuenta que jamás perderé nada, porque nada tuve ni tengo. Ni siquiera soy lo que sé ahora, sé que ni soy siquiera, porque cuando me habito es tan cierto que ando despierto, que a todo llego y nada me falta porque nada necesito y todo me sobra. ¡Oh, luchadores del mundo!... sabed que habitáis en la divina nada, por eso da tanto miedo parar, por eso tenéis tanto

miedo a dejar la pugna, no sea al quedar quietos caigáis en la cuenta de que no sabéis escuchar la voz del silencio ni palpar sin manos la piel de la nube.

«¡Quiero, quiero, quiero!» le gritaba la flor a una hormiga que siempre andaba triste porque no le gustaba ser hormiga. Y la hormiga no sabía descifrar el deseo de la flor con su canto.

Y la flor seguía: «¡Quiero, quiero, quiero!»...

«¡Por qué no llama a la abeja!», se decía incrédula la hormiga, puesto que a las abejas es a quienes hacen encargos las flores. Aún así, la flor, mirándola, proseguía su cantata a la hormiga: «¡Quiero, quiero, quiero!...», insistía... y la hormiga, cada vez más asustada, porque no entendía de estambres, porque no sabía de circulación de pólenes, no comprendía el misterio de las polinizaciones. «¡Quiero, quiero, quiero!» cantaba aún más alto la flor su canción. La hormiga, rendida ante la pesadez de la flor, escaló por el tallo hacía sus pétalos, y allí, sentada en la corola, miró profundamente el alma de la flor que, sonriente, por fin le cantó el resto de estrofas de su canción: «¡Quiero, quiero, quiero, que la hormiga sea abeja, que sus patas sean alas, que en lugar de tierra porten miel en la boca, y de sus esporas nazcan flores o árboles de los que crezcan tantos frutos de luz que al comer despierten todos los hombres, y uno pueda ser quien quiera cuando lo haga posible!». Y la flor quedó en silencio, justo cuando la hormiga a quien no gustaba ser hormiga, remontó su cuerpo de abeja en vuelo, dándose cuenta de que su alma no era lo que creía.

No te mientas, no te mientas, no te mientas...

Una y otra vez vuelves a montar en la noria que da vueltas y vueltas para dejarte en el mismo sitio...

Ves lo que ocurre como por una mirilla, detectas el problema que llama a la puerta, y ahí te quedas, mirándolo, sin dejarlo pasar, preguntándole en voz alta quién es cuando sabes de sobra que deberías hacerle entrar a casa y someterle a tu interrogatorio. Prefieres tenerle a la espera tras la puerta, hacer que se marche para que luego regrese, y llame de nuevo, porque no ignoras la extensión de su paciencia, tan extensa como tu propia vida. Te oigo decir que ya no controlas a las mujeres que estuvieron contigo y a la última le envías un mensaje con el único fin de saber que aguarda, rendida a la vera de tu distancia. Y te engañas de nuevo cuando viertes lágrimas todavía por la primera porque ya sus lazos escapan, y los nudos que te atan aún a sus huellas parecen puños de hierro enganchados en la soldadura de sus fantasmas. Y arde y crece la carestía que arrulla tu miedo. No sueltas, no sueltas, gritan las arúspices del templo de Delfos. Ariadna dice que no dejas caer el principio de los hilos de tu mano por no perder a esas mujeres para siempre, pero ¿es que acaso no quieres su alegría?, y, ¿no ves que su alegría va pareja a tu marcha? Porque en el fondo, fuiste tú el que abriste la puerta, pero hay una parte que lo quiere todo, que no renuncia y se empeña en mantener cogido el

hilo por terror a ese abandono de tu infancia, una parte que quiere y retiene también lo que no ama, y se empeña en amar lo que no tiene. No más engaños, no más mentiras, reconoce que bajo la aparente retirada lo que quieres es conservar el corazón de las mujeres que amaste con un mando a distancia, y sentirte tranquilo en tu momento de gloria cuando aún sigues en el anhelo de sus lamentos, en la nostalgia de la llama, en el paso de los dedos sobre el lado de la cama en que dormía. ¿Lo ves? No sueltas, no sueltas, no sueltas porque te da miedo el porvenir y revistes tu amor de hacer sentir al otro que aún es importante, cuando lo único que allí parece importar es tu propia importancia. Rendirse al amor es guardar respeto a la marcha, dejar hacer al pacto que vio nacer la lágrima para que halle la sonrisa. Escucha a Ariadna... me ha dicho que ya no quiere laberintos, que así no habrá Minotauro al que dar muerte, que dejar marchar te hará parte del ovillo.

¿No te has dado cuenta? Soltar el comienzo del hilo es desvanecer el laberinto. Ser parte del ovillo que contiene la madeja que da de beber a todos los hilos.

Si no soltamos de pequeños ni un peluche, cómo no nos va costar de adultos soltar nuestros viejos pensamientos, nuestras antiguas fotos, los hábitos que repetimos, los seres queridos. Si soltamos con miedo la primera moneda que nos dan de regalo y nos apropiamos de ella como un tesoro, cómo no nos vamos a resistir a dejar de compartir aquello que creímos nos completaba. Si el placer de nuestros cuerpos nos enganchó en el delirio, si el juego de seducir nos alborotó las pasiones, si el compartir tiempo y hacernos a la presencia del otro nos hizo dependientes, cómo nos va a extrañar que soltar lo que se amó un día sea lo más penoso del paso por este mundo. Soltar comienza por la s de solo. Y hay que estar solo para saber soltar. Renunciar a lo adquirido un día para abrirse a lo nuevo que habita en nosotros, dejar lo viejo para que se alce la aurora de lo inabarcable. Olvidarse de que se fue alguna vez dueño, olvidarse de que alguna vez algo fue poseído, olvidarse de que existieron nudos, lazos, ataduras. Y saber que lo que te corresponde siempre irá hacia tu lado, porque al soltarse las cosas viran hacia su centro, y si alguna vez fuimos parte verdadera de aquel todo, nunca dejaremos de serlo.

Suelta, suelta, suelta porque pronto habrás de dejar caer hasta el comienzo de tu propio hilo.

Cuando mi alma deja de participar en la belleza del mundo aparece el mal. Dejo de ver la centella en cada abrir de ojos, la fruta que lleva el pájaro en el pico, las carantoñas de la madre a su hijo en el vagón de metro, el abrazo de un amigo a otro, y cierro mis oídos, mato la escucha, cruzo los brazos cuando me ruegan, me defiendo de los ataques que imagino, apago la voz de mi compasión como el padre ofendido que hace callar al niño, y la realidad empieza a serme un erizo o un cactus que al menor descuido me entrega dolor y sangre. Y entonces es cuando me convierto en una nube de oscuridad que llueve granizo sobre las cabezas de mis semejantes. Pero sé que en el fondo esto no es más que el fruto del olvido. Perder la memoria de que nació luz y a cualquier indicio de luz me atengo, y como las plantas en su tropismo he de estirarme como un tallo a la búsqueda del tacto luminoso en los dedos del sol. Ése es mi bien, el bien de la consciencia de ser, de participar en la belleza que de continuo nos tiende esta tierra que nos envuelve mientras somos partícipes del mundo creado. Al olvidar de donde vengo surge el mal, fruto de mi inconsciencia, como desmemoria de lo que es mi alma, y como raíz invierto entonces mi tropismo y excavo profundo en la tierra a la busca de luz donde nunca podré encontrar más que negrura y obstáculos. Por qué me empeño en ver esa fealdad que no es sino olvido de la belleza que existe en todo, por qué insisto en nublar el fulgor de lo cotidiano y arremolinar

el polvo en los caminos, olvidado de la ventura que me fue otorgada cuando dije sí al ser enviado a esta vida. Recuérdale al cielo, al sol, al viento, a los árboles, a los gorriones y las urracas, a las hormigas y pulgones, al vecino que me encuentro por la escalera, a todos que estamos aquí para arrebatarnos al olvido la certeza de lo que somos y participar en la construcción de la belleza sin límites de este universo que nos envía ahora, de nuevo, los recuerdos de las hazañas en pos de trocar el mal que nos atenaza cuando vivimos dormidos.

Convirtámonos, por fin, en nuestros propios héroes.

Estoy harto de ser lo que fui, estoy harto de negar lo que sé, estoy harto de desconocer lo que conozco tan bien, harto de menudencias, harto de no ser tanto arriba como abajo, harto del miedo a reconocer que concebido fui para amar, harto de negar el saber que soy entrega, harto de temer la voz de mi alma, harto de entretenerme en la caricia y el halago, harto del placer de unir un cuerpo con otro para buscarte, harto de retener al que todo lo crea a la espera de cogerle por fin de la mano y entronizarle en su reino, harto de no darme cuenta de que soy ese creador que anhelo, y que cuando bebo la luz del universo, nada me espanta, nada me turba, ya sólo alma de hombre rendida a su esencia, de allá para acá realizando milagros, más cerca de los fogones que nunca.

Para que cada uno de nosotros pueda hacerse bello por dentro es necesario que el león lleve su dignidad al comportamiento.

La inteligencia del corazón, James Hillman

Corazón de león eres. León que da melena a mis latidos, fuerza a mis acciones, energía del sol a mi presencia. Corazón que ruge eres. Y este león no atiende a distinciones, a esfuerzos vanos, a negaciones o improbables, porque cuando el corazón manda traza la maravilla de lo imposible. Y tu universo entonces se hace digno. Y con la dignidad hace estruendo la belleza, resurge la mirada del asombro, se oye el rumor de la integridad que no conoce separación alguna. Y empiezo a ser digno, como cuando le digo a mi jefe algo que no le gusta oír porque lo considero justo. Como cuando comparto mi postura, abro una sonrisa y escucho la propuesta que está haciendo el otro, o cuando hablo igual al niño que al anciano, a la prostituta que al rey. Mi dignidad comienza cuando estoy despierto ante los seres del mundo, y los valoro, en virtud de su presencia, cuando mi alma toma consciencia de que se halla aquí dentro y entonces con su halo anima cada cosa que siento y cada acción que tomo, dándole a mis obras el mismo alma que atesoro. Mi dignidad empieza en el mismo momento que doy dignidad a mi mundo con mis alegrías, mis penas, mis desmayos, mis renacimientos; en el mismo momento que decreto la certeza de mi fantasía y hago reverencia a mis ángeles, a mis demonios, a mis maestros, a los *daimones* que llegan y me hablan al

oído cuando duermo, a las señales que tienden los querubines que se descuelgan de las cortinas del cielo, a todos los personajes que inventé y tomaron de mí aliento y compañía. Soy digno cuando honro a mi imaginación, soy digno cuando la flor me habla y la escucho, cuando el elefante patea el suelo con su enfado, me amonesta en sueños, y a la mañana le doy las gracias tomando aún más consciencia de cuál es mi manera de pisar esta tierra.

Doy dignidad al universo cuando mi león se siente bien tratado. Y hoy te digo hermano, que nada de lo que hagas deje de lado al león que habita tu pecho, al rugido que alimenta tu sangre, a esa vibración que como una explosión en cadena te dota de energía y abre tu mano a lo magnánimo, a lo heroico, a la gloria de lo creado. Sé que tu lenguaje es el corazón que clama a veces en el desierto, la sombra que se abate cuando tu fuerza es tan grande que nunca miras atrás porque tu brillo comienza a envanecerse, el deseo confundido en el espacio del pensamiento, la defensa de una causa de raíz quebrada, el misterio del incendio y la pira de cenizas que nos despiden de esta vida. Pero cuando los leones rugen no hay nadie que les niegue la belleza de lo salvaje, la virtud de la fe arrojada al viento, la comunión con los volcanes y las mareas de lava que se agitan bajo las cortezas de este planeta y sus hijos. Oh, mis otros, sentid la conmoción que os abraza dentro, no aceptéis la primacía del brazo que arroja la lanza que hierde con su filo, haced de este mundo un reino que dignifique el corazón que habita el alma, el alma que habita dentro del corazón, y que cada noche, cuando pongáis la mano sobre vuestro pecho, el león os hable confiado y libérrimo de la dignidad con la que habéis sentido el latido del mundo y el amor que habéis manifestado sin velo. Eso es un empuño. Eso es una rendición.

Si la voz te ordena ponerte a escribir... si te dice: «¡No te pares!, ¡sigue! ¡sigue!...», ¿qué haces que piensas? ¡Obedece!, ¡obedece!... ¿qué haces que controlas? Hablas de dejarte a la voluntad de la vida, y no ves que la vida es un no interponerse, un echarse a un lado y que la corriente de aire salga, que el río siga su curso, que el agua de la lluvia llegue al suelo... Si pides por desvelar la luz a través de las palabras y despertar al dormido que creyó estar despierto, al verdugo que luego resulta víctima, al que a fuer de santo termina demonio, al lobo que tras los dientes guarda el pellejo de un cordero, ¿qué haces? Afloja, afloja... Si pides por oír la voz de la fuente de la que bebe todo lo que amanece y oscurece, si pides por ser el mensajero de una veta de la mina, ¿por qué tienes miedo ahora y te empeñas en controlar los susurros que al aguzar el alma escuchas?, ¿temes acaso a tu propio delirio cuando no sabes qué promesa aguarda?, ¿o a la oscuridad que late bajo la tierra cuando uno escarba en las profundidades? ¿Por qué nos cuesta tanto la escucha? Nos ahogamos y ahogamos en nuestros propios principios porque no hay principios. Si no consigo oír a la noche el rugido que me anima en el pecho, si no me dejo un momento quieto y contemplo mi postura para saber qué me pasa, si no percibo dónde me hace daño la presión de un dedo... en suma, si no reconozco en la realidad primera del cuerpo que me sostiene el rostro del espíritu, cómo voy a relajar mi férrea corona de espinas sin

unir los dos reinos, cómo voy a ser capaz de continuar con este juego
día a día, de desprenderme, de entregarme, de soltarme, de blandir-
me, de rendirme...

De por fin... amarme.

Llegan ya los días en que el cielo nos arroja olas de conciencia, brisas de ternura, fuentes de ese maná olvidado en las rocas que Moisés despertó en el Sinaí. Ese maná al que los sacerdotes del antiguo Egipto llamaron *escucha* y hoy celebramos como *compasión*. La compasión alimenta el desempeño, el desatar el nudo, el dar rienda suelta a lo que andaba cogido o anudado; porque cuando acerco el oído o dirijo los ojos, la onda resuena al encontrar un lugar donde acogerse, donde diluirse, donde integrarse; porque mis oídos y mis ojos son la extensión de este corazón que arde en prodigios de atenta escucha. Por eso al oír me compadezco, y al mirar me compadezco, y suelto al otro de su horca y queda libre de sus culpas, de sus condenaciones. Ando por las calles, y veo y escucho en el cuerpo de los otros la cadencia, el sonido del llamamiento: «¡Libérame de mis pesos, libérame de mis pesos!», y entonces caigo en que ya no soy el de siempre, que no debo empeñarme en ser aquel salvador, que si escucho el apremio y actúo mi empeño se ata con el otro desempeño, que sólo mi desempeño desanuda al del otro. La equidistancia de la compasión da fiel a los corazones, nutre la conciencia y libera la ternura que, como una presa retenida, golpeaba los muros de nuestro entendimiento. Llegan los días del derroche, de la rotura, del dejar ir la sangre por las cicatrices sin miedo. Porque no hay sangre que muera, no hay cicatriz que dure y no se hizo a un solo hombre que no tuviera en sí, aun como el agua

retenida en la roca, el maná de la *escucha*. Atrévete a despertar al Moisés que llevas dentro. Pide a tu cielo, pide al dios que eres porque te habite de nuevo, vuelvas a lo que fuiste y como una ola te lleve a esta orilla anchurosa que el mar ha liberado de nuevo.

Me lo dicen todas las noches, cuando me acuesto: «Esto es un juego...». Me lo chivan al oído, parapetado tras el embozo de la manta, entre la solidez de la oscuridad y mi sueño de rendiciones. El que yo conozco, el de siempre, se empeña en soñar y volver a despertar, cada noche y cada día, como si fuera uno de esos autómatas que divirtieron a los reyes de las cortes europeas del Barroco. Y sólo se rinde, sólo, cuando su mente arroja los brazos y cae exhausta en los linderos del reino de Orfeo. No hay otra manera, no hay otra para los que vagamos a la busca de más y más muescas que grabar en nuestro rifle de espiritualidad mundana, a los que erramos y erramos en acudir a la llamada de los maestros, solo pretendidos, que no dudaron en decirnos que siguiéramos y siguiéramos a la busca, reincidentes en mantener la solicitud de lo inalcanzable. La belleza del sueño está en su disfrute. El estallido de la rendición es silencioso, llega su frecuencia más allá del valor, en la prueba, dejado de toda lucha, cuando el soldado, montado a caballo, cruza delante de una fila de tiradores a galope con los brazos y la cabeza alzados al cielo, y los tiradores, que no esperan ese gesto de delirio, fallan uno tras otro hasta que el jinete es consciente de que, después de esto, la muerte ya no es más que otro juego de sobremesa. El rendido vibra de tal manera que acoge todo cuanto viene de modo que parece que en realidad no hay nada que ocupe en verdad espacio. Todo juego necesita para ser jugado un empeñarse

de alguien en la victoria. Así nos lo han enseñado y así hacemos que suceda: alguien es el ganador y otros son los perdedores. Pero no nos damos cuenta de que cuando alguien gana el juego llega a su final y se acabó la gracia, por eso siempre quiere más de aquello que ha ganado y más derrotados a los lados del camino... ¿Por qué nos empeñamos en seguir entonces las reglas?, ¿por qué no prescindir de ese ganador que espera en el rellano al futuro, y convertirnos en jugadores que deciden los movimientos de sus fichas, en ajedrecistas que dominan su tablero y no peones movidos por manos ajenas siempre a merced de terceros? Cuando me vienen por la noche los que me guardan, me susurran desde un rasgado del velo que las reglas fueron creadas para los que aceptaron cumplirlas, pero no para los que como magos crean las propias. Si entiendes que nada de lo ocurrido ha obedecido a un imprevisto, que al tamaño del esfuerzo de un empeño le espera una caída parecida hacia la rendición, sabrás que cuando al deseo se le deja aparcado como un coche que ayudó a traernos al lugar de la cita, y luego uno tira las llaves por una alcantarilla, cualquier cosa sucederá a la hora del regreso que nos llevará a donde nunca imaginamos. La magia del juego es jugar sin miedo, abierto a las sorpresas del camino, sin marcar empeños que nos legaran, empeños que nos dictaran, empeños que obligan a cargar con los hombros contra las puertas atrancadas y que nos descubren casas inhóspitas y faltas de luz, cuartos en los que nunca dormiríamos si no hubiéramos hecho tanto esfuerzo por abrir la puerta, juguetes que a nuestro niño se le quedaron pequeños cuando comprendió que lo que deseaba era jugar fuera de las cuatro paredes, allá donde cualquier cosa era capaz de suceder con que uno sólo lo pensara. ¡No!, en este juego el sufrimiento de lo costoso se paga. Ya sólo quiero que, ataviado de mis solas fuerzas, el juego sea fácil, sólo quiero no dejarme la hiel en cada recodo del sendero, sólo quiero coger el pomo de una puerta y al girarlo con

ternura que ésta se abra sin resistencia. Por fin, tantos siglos después, entiendo al Maestro de Galilea cuando en el fondo, siempre hablaba de rendiciones: «pedid y se os dará, buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá». Tan fácil de decir, tan sencillo de hacer, tan simple de reconocer... Soy a través Tuyo...

Lo afirmo, lo decido, lo decreto, me rindo... a las azucenas, a los mirtos, a los ruiseñores, a las águilas, al agua de los torbellinos, al agua de los manantiales, a los tumultos, a las soledades, al dolor que nace de mi boca, a la caricia que dora mi carne, a la estrechez de la tristeza, a la abundancia de la alegría, a lo que muestre el espejo, a lo que luzca en la estrella, al aroma de la flor que crece en el sueño, a la raíz que hiende la herida, a la marea que vela y desvela las orillas. Me rindo a la mujer que me habita, al hombre que me mueve, a la fuerza de la sola palabra, al cuchillo que afila el silencio, al empeño de la sombra en huir de mis brazos, a la amada que me rechaza, al hermano que me apedrea, al amigo que me traiciona, a la luz que no afina su llegada, a la mañana devanada en grises de amianto. Me rindo a mi lloro, a mi sed de agua, a la exaltación del deseo, a la venda que al nacer se le puso a mi alma, a la voluntad de los arcángeles, al plan que me mece desde la cuna, a la gracia de los perdones, a la aceptación de lo negado, a la videncia de los ciegos, a la iluminación de los humildes, a la paz de la culpa, a la existencia del Padre, a la fe del resucitado, a la eterna aurora... Me rindo, me rindo, me rindo a ti que reinas sin reino, a ti que lo puedes todo, a ti que acoges mi alma...

Oh, Amor, soy tuyo sin ser mi dueño.

... ¡Cielos! ¡qué momento sin momento!...
No hay empeño...
Silencio, silencio, silencio....

Un epílogo honroso
LEYES DE LA RENDICIÓN

Los principios de la verdad son siete; aquel que conoce éstos, con comprensión, posee la llave mágica ante cuyo toque todas las puertas del Templo se abren de repente.

El Kybalión. Hermes Trimegisto

Hermano o hermana, si estás leyendo estas líneas, en este preciso ahora que te envuelve, a la luz de una lámpara, en un vagón de metro, tumbado sobre la hierba al hilo del cantar de los pájaros, es porque has dado el permiso a tu ser de recibir estas palabras, es porque ya estás preparado y la luz se ha hecho ola de sol en tus adentros. Estás a punto de rendirte. La verdad que une todo lo visible y lo invisible habita en ti como habita en la mosca que zumba en tu oído o en la piedra con la que tropiezas en un descuido. No te apures, te prometo que, a partir de ahora, no estarás nunca solo en tus dudas y en tus certezas. Porque tú eres el Maestro o la Maestra al que están destinadas estas leyes, el tres veces grande renacido del polvo del desierto y las aguas del río que ha llegado a esa rendición que conlleva la entrega del empeño. Padre, Madre y Espíritu. Empeño, rendición y entrega. Sé consciente de la grandeza de lo que eres en la sencillez que te acerque al corazón del otro, y la luz hará de ti morada perpetua que arda en hoguera incesante. Templanza y abrigo serás a través de tu flama. Verdad que se haya en el grano de la mostaza o en el vacío de un átomo. Tuya será la posibilidad infinita de la magia en la energía que une este Universo y hace de la nada la matriz de donde surge todo.

Tus actos tendrán frutos que honrarán las leyes que cumple el Universo en pleno, y por eso serán frutos sagrados que contendrán en sí la unidad y la dicha de lo que somos. Cuando confíes en tu maestro serás sosiego en la inevitabilidad del cambio, domador de las olas que suben y bajan al socaire de los péndulos, alquimista de la transformación del ánimo y maestro en el arte de serenar emociones. Dormirás solo, pero no buscarás con la mano en la cama la horma de tu hueco porque te sentirás lleno, y si durmieras con tu pareja, te abrazarás sólo por el placer de dar rienda suelta a tu entrega. Generosa es esta realidad que lo subyace todo, que besa el ojo de nuestra frente, y deja en nosotros la voluntad de dar sonido al silencio, luz a la oscuridad, movimiento al reposo. Realidad, fruto de mi vientre eres. Mutas porque yo muto. Sueñas porque yo sueño. Lloras porque lloro. Ríes porque río. Voy desde abajo hasta arriba y reino. Tú eres mi reino. Mi tierra es tu tierra, mi cielo es tu cielo, mi alma es tu alma. Soy lo probable y lo improbable, la huella y el sendero. Siempre viejo, siempre nuevo, la ley del todo es ley de nada. Soy el Maestro de las siete leyes resumidas en una: amor que lo consume todo, amor del que renace todo, amor que todo lo transforma.



Porque todo tú eres **Mente**, ¡oh mísero dios de las pequeñas cosas!, niños que perdieron la facultad de dar saltos, ratas que duermen entre barrotes, prisioneras sin llaves, sumidas en el contagio de sus pústulas. Porque todo tú eres mente, ¡oh misericordioso señor de todas las cosas!, océano en perpetua anchura, viento que sopla cualquier vela, peces voladores que nadan bajo la superficie de las aguas y al dar un sí a la aventura dejan de ser hombres que temen para ser niños de cartílagos, inmunes al miedo a romper el agua para alzar sus espinas. Todo tú eres mente, así siempre ha sido, no hubo siglos de los siglos, porque no hubo empeño, sólo rendición a tu universo, proyectado, indiviso, único pero infinito en su revolución de giros. Cuando miro al cosmos, me veo, porque miro al mundo y sacude mis tripas; cuando miro al universo, te veo, porque contemplo el éter y se me amansa el alma. Y no me apercibo, oh, maestro entre todos los maestros, que da igual lo que haga, que haga lo que haga ese mundo fue mi proyecto y ese universo fue tu proyecto, y ¿no soy yo acaso el final y el principio de tu mente?, ¿el dios que a ti te hace ser todo y cierto? El secreto está en que tu Todo y mi alma son lo mismo, y que lo que me habla afuera y me incita no es más que reflejo de lo que me habla dentro y me pulsa, turbación del agua que se inquieta cuando la muevo por el deseo que envié en onda. Porque soy el río que va a parar a la mar, porque soy el mar al que va a parar el río, porque soy la ola y su espu-

ma de plata, porque soy el pez luna que flota en la sal del océano y el tiburón ballena que abre sus branquias al plancton, el celacanto de la fosa abisal y el cormorán que cae en picado a la busca de la sardina, la barca que confunde el banco de peces con la barriga de un cetáceo y el pescador que recoge la red que llevará ahíta a la almadraba. Nada hay de ajeno en la corriente en que te sumes, nada hay que no idearas antes en el mar de tu mente, las redes de peces son tuyas, también las aguas que permiten nadar y respirar a esos peces, y hasta el marinero que los saca de ese agua para que formen parte de sus viandas, no es más que un efecto de la luz que proyecta el faro que da lugar y plano a toda la secuencia. Tú no eres más que uno de los directores que crea su película, uno de los creadores que habitan también el aire, el agua, y encienden dentro de sí el fuego sólo posible en el útero absoluto del silencio. Silencio que es vacío pleno, quietud que acoge. Silencio, todo posibilidad del reposo que, un día, dará luz y verbo con sólo un gesto. Porque la oscuridad es luz no manifestada, como la cerilla al ser frotada transmuta en fogonazo.

II



Y todo tú eres **Correspondencia**, porque ese helecho tiene el molde de tu rostro en sus hojas, esa encina engrosa su tronco con cada gramo de tu carne, y aquel ave no es más que un bosque de plumas hecho con cada uno de los filamentos de tu cabellera. Como es arriba de las aguas es abajo. Y si observas bien el kril del que gustan las ballenas, hallarás fragmentos de tus corazas que las dentaduras de los cetáceos blandean entre sus barbas; y sólo con que dejes suelto tu entender y te agaches a escuchar al perro que cuida tu parcela, sabrás más ya de los perros que cuidan otras haciendas que sus propios dueños, por muchos años que lleven junto a ellos si no les abrieron un solo hueco de su alma. ¿No sabes que cuando estudias la onda de luz, ya sabes dónde va a mostrarse el deslumbramiento?, ¿o acaso piensas que cuando miras una mónada no estás mirando también a un ángel?, ¿que cuando estudias la ola no tienes también el corazón del mar en tu mano y el secreto de su ondular? Cuando mi sobrino pisa sin querer un saltamontes, y siente el chasquido de la pata del insecto bajo su pie, al verle herido y ser consciente de que su peso ha dejado inválido al animal, ¿no sería como si un elefante, sin querer, cometiera la misma acción con un hombre?, ¿no notaría el elefante el chasquido del hueso, no sentiría nuestra indefensión absoluta, y nosotros quedaríamos como el saltamontes, extraños, inválidos, incapaces ya de sostenernos en medio de una jungla de pisotones y prisas? No hace falta ponernos

de ejemplo, mira la composición de un cometa y dime si al analizar su textura y componentes no se hallan en él muchas de las materias que permiten la vida en nuestro planeta... y sin embargo, ¿no es ese mismo cometa el que expresa la paradoja de poder condenarnos también a la muerte? A veces creo que todo funciona como el botón y la hendidura, en esa correspondencia mutua que otorga a la figura del vacío abierto ya la capacidad de engendrar el objeto que lo llene. ¿No eres tú también el tejido que usa el creador para hilar la chaqueta que da sentido a toda esta armonía de sutilezas?, ¿no son las moléculas que forman el átomo capaces de sentir atracción o rechazo como nos pasa a nosotros? Ese misterio de la mente que crea, se vierte aquí y también se derrama en otro plano, y lo que vibra lo hace más alto en el siguiente, y lo que obedece al ritmo del péndulo, allá arriba también obedece con una frecuencia más elevada, y lo que abajo es arriba es femenino con lo masculino, como el ADN de la mosca también contiene ADN del hombre y nadie se llama a engaño, ¿y acaso somos nosotros moscas?, ¿y acaso las moscas llevan trocitos de hombre enganchadas? Pero, estamos en lo mismo, porque su sistema corresponde al nuestro, porque todos los seres vienen, hacen y marchan sólo para dejar aquí el peso cuando su giro torna más rápido levando estelas que sigan la onda del juego y nadie sepa cuándo dejaron de estelar si acaso lo hicieron. El juego de los opuestos no existe dentro de los adentros cuando uno maneja a placer la correspondencia, y no hace falta mortificarse, sólo saber que el que fue mezquino habrá de ser generoso, el que fue cobarde acabará siendo valiente, el que demostró rencor hallará el perdón para otros, el que fue cruel será compasivo, y confiar en que el que odió un día amará sin duda cuando menos lo espere. El todo se halla en nosotros como una fuente cuya agua sola bastara para saciar la sed.

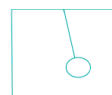
III



Porque todo tú eres **Vibración**, y todo tú movimiento, frecuencia de tu pulsar, energía que en la apariencia de lo inmóvil se hace materia y al alud de lo vertiginoso parece vacío. Nada hay en el Universo que no muestre ese estremecimiento de lo indómito, desde la órbita que parece quieta y sin embargo gira y gira, de los quarks a las partículas, de los planetas a las constelaciones, todo avanza en espiral cuando tu voz funde las dimensiones del verbo, y me dirás aún que no te hallo, cuando te veo hasta en el remolino que gira y gira cuando el agua se escurre de la bañera al desagüe o en la tremolina de polvo que el viento levanta en los caminos más pedregosos. Porque todo tú, a ti, sí, te digo a ti, todo tú vibras y todo tú cuando mientes despides un cántico de cieno que debilita tu pulso, y animas en el que te recibe una espesura en el tono de su timbre, mas también te digo que al proclamar algo verdadero emerge un rayo de luz que enciende flamas en las orillas de poniente y prende fuegos perpetuos a las noches de menguante. Porque tú repugnas y atraes porque te mueves, por cómo te mueves, porque nunca tus átomos dejarán de moverse, nunca tus péptidos y quarks abandonarán sus elípticas, y mandarás mensajes de ondas con tus miedos, y enviarás frecuencia de fulgor con tus alegrías, y tus soles y tus lunas estremecerán el firmamento hecho a tu medida, donde tus seres queridos seréis astros y satélites juntos en una sucesión de órbitas, sumidos en veranos o inviernos que serán el anverso y el reverso

de la misma onda, atraídos a la tierra o elevados hacia el cielo en esa gravedad inasequible al desaliento que forman los cuerpos y géneros que encajan, y cuando aumente el giro subirá la frecuencia y se alzará del intervalo un tono y la nota se elevará en la escala y así llegará la vida de nuevo, ahora justo, que nuestra frecuencia sube, ahora justo, que queremos ser armonía. Pero, ¡cuidado!... no os mováis más rápido, no aumentéis el número de giros, pues he que aquí reposa el engaño: el sistema nos motiva a ir de acá para allá, nos permite creer que llegaremos más alto cuanto más resolvamos y hagamos, y sin embargo sé que la peonza al bailar más rápida no es vista en sus vueltas, parece quieta, gira que te gira sobre un solo punto, oímos su zumbido como un filo en su orbitar más raudo... luego entonces... ¿por qué empeñarnos en ir de vértigo en vértigo, de mareo en mareo? Sólo en el silencio el sonido es claro y la palabra magnetiza pronunciada en el momento adecuado. Dile al mail que calle, al whatsapp que desmaye, al mundo electrónico que se le fundan los plomos y llegará tu frecuencia con su dial exacto al momento de despertarse... ¿No está el Universo en movimiento para oírse?, ¿acaso Júpiter o Mercurio o el mismo sol no celebran sus órbitas o esta misma Tierra que te acoge no vibra en su propio cántico cuando gira y gira sobre su eje? ¿No es también tu cuerpo una isla bañada por todos lados de un mar de ondas? Dime entonces si no es cierto que si te quedas quieto, callas, y respiras tranquilo, oirás dentro de ti el rumor que sube y sube del oleaje... Porque todo tú estás en todo, y vibras en sustancia que nos permea y rodea escondida en cada átomo como una telaraña de energía, una red que enchufa su voltaje en conexiones benditas que hacen de este universo tu único e infinito manto.

IV



Porque todo tú eres **Polaridad**, todo en ti está en la misma línea, porque no existen puntos que alejen o acerquen, no existe distancia recorrida en mucho o poco tiempo, porque primero, ¿qué es el tiempo? Y cuando no se conoce siquiera la distancia, ¿qué es mucho o es poco? Te empeñaste en crear un final para tener un principio, crear un principio para llegar al final, darnos una ilusión de eternidad gracias al alma y una realidad mortal por obra de la muerte, y así entender que no importa ser escaso o ser abundante, pues no son más que las mismas caras de lo cuántico, y si para el inversor de bolsa una hogaza de pan es un desperdicio, para la madre que cría a tres hijos en las chozas de Lagos es un tesoro. Lo que para algunos es cobardía para otros denota valentía. Si uno hubiera sido soldado del Quinto de Caballería de Custer en Little Big Horn le hubieran tratado como a un héroe por haber muerto en combate ante diez mil salvajes pieles rojas, aunque de pertenecer a las tribus Sioux o Cheyenne se contaría de él en los anales de las naciones indias por haber masacrado a los bárbaros soldados del ejército norteamericano. ¿Cuál es la barbarie y dónde está el heroísmo?, ¿no era Custer al mismo tiempo bárbaro y héroe? Todo está en la misma línea donde la distancia más corta entre dos puntos no existe porque todos los puntos siempre fueron el mismo... ¿No era Toro Sentado un verdugo y una víctima? Basta que el viento cambie, que me mueva de un siglo a otro, de un conti-

nente a otro, para que las hazañas de ayer sean hoy tenidas como un exterminio y al cabo de los años otra vez a empezar dándole la vuelta a la manta. ¿Dónde quedan el bien y el mal?, ¿no son patrimonio de la misma escala? Todo es cuestión de vibración o grado, llámalo como quieras... Un día le pregunté a Robert Hare, el descubridor de la escala de la psicopatía, qué diferencia había entre el grado diez y el uno: «Todos son psicópatas, todos están en la escala, aunque sólo de las circunstancias que acompañen su vida, dependerá que su vibración aumente y se conviertan en asesinos en serie o dirijan recursos humanos de empresas donde la mano se abra al libre despido, o eduquen a su hijo pegándolo con ganas por tirar un vaso sin querer sobre el suelo». Es sólo la subida de la frecuencia de la onda lo que calienta un cuerpo y sólo su descenso lo que lo enfría. Y el trópico o el polo no dejan de ser extremos de lo mismo. ¿Por qué no te das cuenta de una vez de que no existen más que las medias verdades? Que no tienes razón, y no te empeñes, que no la tienes porque esa razón que buscas no existe, porque al empeñarte más y más, pronto te hallarás al borde de la locura, que no es más que perderse al buscar la razón extrema, como recuperar la razón no es más que, a veces, dar rienda suelta a la locura... Y esto no es ningún juego, porque ¿no son acaso el agua y la tierra orillas opuestas de la materia en distinto estado?, y ¿no es menos cierto que al unirse la una a la otra con la ayuda del cielo no dan frutos? Y que me silencien si guiándome de todas estas paradojas, no entiendo que el que odia en el fondo no está sino abriéndose heridas para desangrarse del amor que estaba lleno, así como el que ama se vacía de todo el rencor que una vez tuvo dentro. Cuánto turba ser consciente de que cuando uno odia a otro, en el fondo no hace más que marchitar su frecuencia de modo que la flor que en su corazón arraigó una vez, se convierta, al ir cesando el latido, en un hilacho descompuesto.

V



Porque todo en ti es **Ritmo**, oh tú, que haces de la quietud del péndulo, con sólo darle un leve roce, ley divina del ritmo ejercido desde el centro hacia un extremo y desde ese extremo vuelta a pasar por el centro al otro extremo. En ese continuo ciclo baila la vida, y a todo este ritmo lo alcanza, y da igual donde huyas porque tu propio cuerpo lo guarda como un mecanismo perfecto de ciclos ensayados en tus células o por qué no en el interior de una colmena. Porque si miras la historia del mundo no es sino el discurrir de un gran cuerpo creado con miles de millones de células por este juego de la vida que pone ritmo a todos sus procesos. Mira atrás y verás que todo tiene un auge y una caída, todo lo que nació en el brillo acabó volviéndose opaco, el nacer de un imperio lo trajo el caer de otro, a la revolución siempre le antecede una crisis, y una liberación llega tras haber sido esclavo de algo. A un Roosevelt siempre le sigue un Truman, a un Kennedy un Johnson, al Islam tolerante le sigue la Yihad de la intransigencia, a la Inquisición del Cristianismo le sigue la democracia católica, al tifón o el tornado siempre le seguirá la calma... ¿no lo veis? Esto es sólo cuestión de mareas, suben y bajan, bajan y suben haciendo de la playa su trofeo de tarde para devolverlo a la mañana. Cualquiera hombre de campo sabe que tras una larga sequía llegarán meses de lluvias, que si condenas a una parte del planeta a pasar hambre, siempre habrá otra a la que le sobre el pan que llevarse a la boca, que si el Sol ahora

te parece la plétora del fuego, un día, cuando ya no estés, será una estrella enana, fría y apagada. ¿O acaso ignoras que esta Tierra en la que vives cada tanto ha de derramar sus fuegos, rizar sus aires, quebrar su corteza y elevar sus aguas? Crac, crac, urdo, urdo, crac, crac, destruyo, destruyo... y tú no estás fuera de este péndulo, humano, humano, tic, tac, tic, tac... Porque tú sabes que el que ha amado mucho ha sufrido también mucho, el que hace gala de valentía es porque ha conocido de cerca el miedo, y no encontrarás a nadie que ría a carcajadas si no ha llorado también a mares, aunque bien es cierto que el que no es capaz de sentir el dolor más profundo no alcanzará el placer más elevado. Ese es el péndulo que tantas veces nos devasta y al que nos sometemos sin cuidado. Quizá va siendo momento de no enaltecerse con las cumbres y decaer de idéntica y feroz manera cuando llega la hora del descenso; qué tal subir mejor conscientes de cada zancada, darse al descanso en los claros y valles de verdes pastizales que aguardan escondidos en el ascenso a las montañas, tumbados boca arriba mascar hierba, ver pasar las nubes y galopar a los caballos, y luego si de verdad a alguno le quedan ganas de seguir ascenso, escalar por el mero gusto de contemplar la vista nunca alcanzada y respirar su aire más puro; y cuando vuelva a tocar la bajada, descolgarse de nuevo a los claros, perderse en los valles y beber de las fuentes que nacen de la nieve en el deshielo, y al seguir el descenso, disfrutar de cada mariposa que nos traiga el camino, de cada flor que abierta ante nosotros se deje acariciar los pétalos. Y cuando lleguemos al punto desde donde iniciamos tiempo atrás la subida, todavía tener en el rostro la sonrisa por la última luz que mostró el camino. Y esto también será obedecer la ley del ritmo sin quedar empalado en el pico de la cresta o destrozado al caer al fondo del abismo: serás como el bañista que al ver llegar la ola la cruza por debajo; o el surfista que la acompaña metido en el hueco que le deja su curvatura y sale de ella antes de que rompa

sobre la orilla quebrándole los huesos; conoces la ola, la respetas, la sientes, encuentras una manera de neutralizarla y eso también es ritmo, ritmo, ritmo; ver llegar la muerte a tu familia es saber que pronto llegará otra vida, y más ritmo, ritmo, ritmo; a la tribulación de una ausencia le puede acompañar la dicha del silencio, ritmo, ritmo, ritmo; a la soledad del conocimiento sigue la llegada de quien comparta las riquezas interiores adquiridas, porque la compensación es parte del ritmo; chasca y calla, chasca y calla, dedos pulgar y corazón enlazados al compás de este divino cuerpo que inhala y exhala, inhala y exhala, inhala y exhala, dentro fuera, dentro fuera, dentro fuera latido, latido, latido, ritmo sobre ritmo, mueve que te mueve consumándose y renaciendo por los siglos de los siglos...



Porque no hay casualidades, porque no hay azares, porque Todo tú eres **Causa y Efecto**. Porque el que ve casualidad o azar en los hechos, no quiere saber nada de la verdadera causa, no quiere tener noticia directa de los caminos que utiliza el Todo para expresar su Verbo. No hay tormenta que no se forme a partir de una alteración de las bajas y las altas presiones, no hay lluvia que no se condense a partir de la formación de una nube tejida a partir de la evaporación del agua. Si miro mi rostro de anciano veré en él arrugas que acamparon en otros que me precedieron, y el miedo a morir una noche sin una mano a la que asirme no es más que el recuerdo de otra hace siglos en la que, febril en una cama, alumbrado por candiles, no pude sentir el primer beso del alba. ¿De verdad os dais cuenta de que cuando tomáis una decisión se han dado mil sucesos y detalles antes para que todo pueda ocurrir de esa manera y no otra?, ¿que a un temblor de tierra bajo el océano siempre le sigue un maremoto?, ¿que si se me sale el agua de la lavadora y hay una grieta en el suelo, ese agua hará gotera al vecino, que subirá el día después a mi casa al ver la mancha, justo cuando estaba echándome la siesta, y al despertarme entre medias de un bonito sueño, me pondré de mal humor, me reprimiré en su presencia, me entretendrá más de lo debido porque es un vecino que siempre está solo y nunca habla, y cuando llegue tarde a la cita que tengo con mi pareja, una vez más me abroncará el retraso, discutiremos a voces y se

marchará dejándome tirado porque ya está harta de mis excusas?, ¿y no será eso causa también de que esa noche lllore porque él o ella no me coge el teléfono y no pegue ojo y a la mañana siguiente, cansado y mi cabeza en la posible respuesta que le voy a dar a él o a ella si me llama, cometa un error en el trabajo que le puede costar a mi empresa dinero y a mí una llamada a filas de mi jefe?, ¿y no podrá quizá coincidir aquello con un ERE que está a punto de hacer la empresa y mi jefe considere que soy uno de los que pueden ir en el paquete y haya sido ese error la causa que lleve a ese efecto de quedar despedido?, ¿y quién dice que ese quedarse a solas sin trabajo y sin pareja porque él o ella decidió en una llamada al poco de perder mi trabajo dejarme del todo, no es más que la causa de la crisis que me lleva a plantearme todo lo que hasta ahora había hecho en mi vida y empiece a buscar respuestas de por qué me pasó esto a mí y no a otro?, ¿y que tras las respuestas llegue al convencimiento de que quiero estar solo para amarme a mí mismo y encontrar una ocupación que me haga sentir digno?, ¿y que así, un buen día, acabe en un ordenador a altas horas de la noche este sábado, letra sobre letra escribiendo esto cuando podía estar de picos pardos, sólo porque he entendido que detrás de todo lo anterior hay un plan trazado que me ha llevado, con más o menos distracciones, hasta este momento sin el cual a lo mejor tú no estarías ya dudando de que las casualidades y los azares no son más que desconciertos? Sí, ahora lo sabes, tú no estás aquí por nada, tú has llegado a este mundo para darte cuenta de que eres la pavesa arrebatada a la hoguera que, mecida por el viento, se pierde en las alturas. Contados están los pelos de tu cabeza, como la hora en la que arderá la hoguera, el momento en que se levantará el viento y tu vaivén se perderá en las alturas. Tú decidirás dónde quemarte, en qué grado consumirte, si arder pronto o tarde y con qué intensidad, sólo y tanto eso. El plan nunca se tuerce, siempre está, recreándose sobre la marcha, pero el

mismo. Cierto. Cierto. Cierto. Pero date cuenta de que tú, tú, tú, puedes franquear el umbral de la puerta abierta para ser la causa y dejar de ser el efecto, tienes la voluntad y la capacidad de urdir, no de cubrir, el aliento para crear y no reaccionar, la conciencia de ser una reina y dejar de moverte como un peón en este tablero.

VII



Porque en ti Todo hay **Género**, en ti la imaginación femenina necesita de la voluntad masculina para ser fecundada, la simiente del yo necesita del vientre del mí para dar cobijo a la luz de tu infinito. ¿Qué sería de la curva de la mujer sin la recta del hombre?, ¿a qué apuntaría el cuerpo su voz de lengua?, ¿a qué darnos vagina y Priapo si no descansara la razón de ser de uno en el otro? Naturaleza de lo diviso en la dualidad que pisamos por darle sentido a la raya que separa el cuerpo del alma, ¿no será éste un signo del jabalí que camina sobre las dehesas y alza su vista cada poco para fijar en el cielo el vuelo del águila? Lo que está fuera de mí también está dentro. Si observo los cielos, a la Luna le otorgo el tacto de las emociones y el irrumpir de los sueños, al Sol el rayo de la vida que levanta jardines y traspasa máscaras. Lo que es candil a la noche, al día le hace de velo. Porque tú sabes, oh Todo, que la voz de la sirena nace también de Neptuno, y que si me tiro por la borda loco de ansia en pos de esa mujer partida, me romperé en dos, escombrado y perdido en medio de las olas a punto quizá de ser ensartado por el tridente del guardián de sus abismos. Y si hago de mi voluntad un búfalo, si concentro mi fortaleza en ofrecer todo lo que soy capaz de hacer sin tener en cuenta los muros, si olvido la certeza de mi regazo en noches de copos como puños, qué será del equilibrio de los astros, de las órbitas que aspiran a recrear mi conciencia, qué de las placentas donde fue labrado a fuego lento el ángel de luz que quiso aprender de los humanos para

no condenar a los hombres. Sabes que una mano da y la otra recoge, que uno se mueve y el otro atrapa la onda del movimiento, oh antenas de tendones y carne, receptores de la emulsión del sueño, ¿cómo tendréis noción de la vida si no os sometéis? Todo es desprenderse y atraerse, de la repulsión de las fuerzas surge la atracción, del reposo el movimiento, del vacío el todo, no hay átomo que no sea generado a través del giro de sus partículas, no hay vida que no venga de la entrega y su acogida. Y las dos necesitan ser lo que son para ser lo otro y han de dejar de ser para ser luego más allá de ello, y lo que fuera acogida se convierta de nuevo en entrega y lo que era entrega permita en su momento la acogida. Que la coleta del trenzado de Diana se tienda en la palma que marca las líneas de Acteón, que el sueño de Orfeo se cumpla en la mente de Eurídice, que los pechos de Afrodita colmen los ojos de Narciso, que el viento preñe el sexo de las nubes para dar de beber a la tierra, que las auroras rieguen de semen el cielo para que la luz esparza su escarcha luminosa por el firmamento. Porque en Todo tú, mujer, habita una porción de ello, y en Todo tú, hombre, habita una porción de ella, y el género contrario habita en el opuesto porque siempre fueron lo mismo, como el mar habitó la tierra y se apartó luego para que la tierra habitara el mar, y no hace falta empeñarse en buscar más allá de lo que está, sólo desenterrar lo que se hallaba oculto, mostrar sin pudor lo que andaba proscrito, hacerse lombriz, salmón, caracol, coral, flor, porque todos somos conjunción del Sol y la Luna, llama y manto, en nosotros habitan la Madre y el Padre que nutren de la raíz a los cielos, de la voz al silencio, de la voluntad de ser a la entrega de serlo. Dos mitades necesarias para completar este Todo de amor, amor, amor... Di ahora conmigo: soy la Madre, soy el Padre, soy el Espíritu que soy en esta eternidad siempre en baile, siempre quieta, siempre, siempre, siempre...

Diciembre 2014, enero 2015

Este libro se terminó de imprimir

